



Expediente Wilson

JANA MAS RAMÍREZ

EXPEDIENTE WILSON

JANA MAS RAMÍREZ

*Esta historia es ficticia y cualquier similitud de nombres,
lugares y hechos es simplemente coincidencia.*

© Jana Mas Ramírez

1a edición: Diciembre del 2023

Tirada: 200 ejemplares

Impresión y maquetación: iGràfic · www.igrafic.com

Texto: Jana Mas Ramírez

Coordinador de la edición: Toni Argent Ballús (antoniargent@gmail.com)

Asesora lingüística: Berta Rubio Faus

Depósito legal: B 19854-2023

Impreso en Catalunya

A la yaya Antonia.
Sé que allí donde estés estás sonriendo
por ver cumplido uno de mis sueños.

A ti, mama, por creer en este relato
desde el minuto uno en que lo leíste.

Gracias a Toni Argent,
por tu entusiasmo y por hacer
posible que este libro vea la luz.

ÍNDICE

OJOS ROJOS	Pág. 7
LA NUEVA VIDA	Pág. 37
ANE	Pág. 69
PUÑALADAS DE DOLOR	Pág. 85

OJOS ROJOS

Expediente 12: Familia Wilson. Detective Brown.

Casa de los Wilson. Estados Unidos.

Miércoles, 17 de octubre de 2007.

- 20:25 Se oyen muchos gritos. En la ventana de la primera planta se ve un rostro. Parece ser el de Ane Wilson, una niña de trece años. Ane se gira y se va.
- 20:27 Jack Wilson entra en la casa.
- 20:30 Se oyen más gritos. Y un disparo.
- 20:33 Tras un silencio, otro grito con una voz aguda y, al cabo de un rato, lo que parece ser el llanto de Ane Wilson.

Jueves, 18 de octubre de 2007.

- 09:54 Ane Wilson sale de la casa. Viste un pijama blanco. Se puede observar que hay manchas. Parece sangre. Mira a su alrededor y vuelve a entrar en la casa.
- 10:00 Ane sale con una carretilla en la que lleva un cuerpo. Es su madre, María Wilson. Ane lanza el cadáver de María en el foso de las obras de la piscina.
- 10:07 Sale con otro cuerpo, también en la carretilla. Es el de su padre, Jack Wilson. Ane también lo lanza a las obras de la piscina.
- 14:23 Ane tapa los cuerpos con la tierra acumulada al lado del foso, les pone flores y se dispone a buscar algo: su comida.
Se sienta al lado de sus padres y empieza a comer.

Lunes, 17 de diciembre de 2007.

16:12 Han pasado dos meses y Ane ha salido gritando al jardín en alguna ocasión. También se han oído algunos gritos dentro de la casa. Sin embargo, no ha habido ningún movimiento relevante desde el 18 de octubre.

El detective Oliver Brown vivía justo enfrente de la casa de los Wilson, en un pequeño barrio residencial cerca de un bosque. El barrio constaba de pocas viviendas y una pequeña tienda de comestibles.

Brown empezó a buscar, entre sus papeles, los expedientes de la familia Wilson. Revolió todos lo que había en su mesa, pero no los encontró y se puso muy nervioso. Entonces se sentó en su silla para relajarse y se fijó en la casa de sus vecinos; Ane estaba en el tejado a punto de caerse.

«¿Pero qué hace esta niña?», pensó Brown.

—¡Ane! ¡Ane! —gritó.

El detective bajó a la calle, se dirigió a casa de los Wilson y, cuando llegó vio que Ane estaba asomada en una de las ventanas.

«Me estoy volviendo loco...», pensó, preocupado. Se frotó los ojos y volvió a su casa pensativo.

Al entrar, vio en el suelo unos papeles. El detective los cogió extrañado y se fijó en que eran los expedientes de María y Jack Wilson. Los abrió, y se extrañó todavía más al ver que los expedientes que él había llegado a leer estaban en blanco.

Brown se dirigió a su despacho para anotar lo ocurrido:

10:09 Aparecen de la nada los expedientes de Jack y María Wilson, y están completamente vacíos.

Al día siguiente, Brown se despertó y fue a observar la casa de Ane desde su ventana para ver si había algo nuevo; todo

parecía en orden. De pronto, su teléfono empezó a sonar, pero él estaba tan concentrado escribiendo que no lo oyó. Volvió a sonar.

—¿Diga? —respondió Brown. Nadie contestaba—. Oiga, no estoy para bromas. No tengo todo el tiempo del mundo —dijo enfadado.

—¡Hola! —contestó una voz suave.

—Hola, ¿con quién hablo?

—Hola, me presento: soy Nora, Nora Brown —dijo esta bromeando.

—¿¡Nora!? —contestó emocionado el detective Brown.

—Sí, soy yo, hermanito. Tengo unos días libres y me preguntaba si podría venir a visitarte y pasar las Navidades contigo.

—Sí, claro. Ven cuando quieras. —Brown tenía muchas ganas de ver a su hermana, pero no quería que supiera que estaba investigando a los vecinos. Sin embargo, tampoco quería dejar la investigación. Por el momento, recogió todos los papeles y los guardó bajo llave para que Nora no los encontrara y se centró en otros casos abiertos.

Al día siguiente, por la mañana, llamaron al timbre.

—¡Ya voy! —gritó Brown bajando las escaleras y dirigiéndose a la puerta. Brown abrió la puerta y...—. ¡Nora! ¡No dijiste que vendrías tan pronto! —exclamó al ver a su hermana.

—¡Yo también me alegro de verte, hermanito!

—Ven, pasa. Lo siento por el desorden —dijo él, contento.

—No te preocupes, yo tengo la casa igual.

Después de que Nora se instalara en su habitación, se encontraron en la cocina y se pusieron al día ante una taza de café.

—Ah, se me olvidaba: te tengo que contar algo que te va a encantar... ¡Estoy haciendo un curso de investigación! —dijo Nora emocionada.

—¿En serio? —le contestó Brown asombrado.

—¡Sí! Pensaba que igual tienes algún caso menor en el que pueda ayudarte para practicar...

—Pues ahora que lo dices... Tengo entre manos un caso un poco peculiar —dijo Brown, pensando que, de hecho, Nora quizá podría ayudarle con el expediente de la familia Wilson.

—¡Lo sabía! En realidad no estoy haciendo ningún curso, ¡pero me encanta meter las narices en tus investigaciones! —sonrió Nora.

—Ay, si es que no tendría que haber dicho nada... Si quieres me ayudas, pero no se lo puedes contar a nadie —contestó Brown, pensando en qué información le daría a su hermana para no meterla en un compromiso.

—¡Hecho! —dijo ella entusiasmada.

11:34 Ane Wilson sale de la casa y empieza a observar a su alrededor. Vuelve a entrar.

—¿Cómo es que tienes esto? —le preguntó curiosa Nora, al ver el montón de papeles que Oliver sacaba de un cajón.

—¿Los expedientes? Ah, bueno... Los encontré —le contestó él, nervioso.

—Sí, claro. No cuela, hermano. Te conozco a la perfección y sé cuando mientes —afirmó Nora.

Brown no le quería contar cómo los había encontrado, era ilegal y correría un gran riesgo explicándolo. Para cambiar de tema, le entregó a su hermana algunas notas que tenía sobre Ane Wilson.

Nora se asomó por la ventana y miró a Ane, que había salido un momento al jardín.

—¿Estás investigando a esa niña? ¿¡Por qué no me lo habías dicho!?

—Pues porque acabas de llegar y no me has dado tiempo a contarte nada con tantas preguntas, hermanita —dijo Brown con sorna.

—Está bien, intentaré no preguntar más, aunque tampoco te lo prometo —respondió ella con una sonrisa, antes de quedarse mirando a Ane; aquella niña le sonaba de algo, pero no sabía de qué.

Entonces se puso a leer los papeles que le había dado Oliver:

Ane Wilson. Nacimiento: 7 de junio de 1994. Inscrita en el colegio Two Pines hasta 2005. CI 170.

—¿Qué significa CI? —preguntó.

—El CI es el coeficiente intelectual; es una medida de «inteligencia» expresada en un número, no es una medida exacta... Bueno, inteligencia tampoco, es como expresar la facilidad que tienes para aprender o afrontar problemas matemáticos o de la vida cotidiana.

—¿Y ese 170?

—Quiere decir que es una niña superdotada; tiene un CI muy elevado. Pude ver los informes de la escuela y decían que era una niña muy espabilada, aunque a veces actuaba de forma impulsiva. También que su actitud era muy madura para su edad. De hecho, dejó la escuela en 2005 para seguir los estudios desde casa —contestó Brown.

Casa de los Wilson

Domingo, 23 de diciembre de 2007.

12:30 Se escuchan unos gritos en la casa. Hay dos voces distintas. Se oye como si se rompiera un vaso o un plato. Se oye un grito.

13:23 Ane Wilson sale de la casa y se sienta en el suelo. Lleva en brazos un muñeco de trapo.

13:29 Ane Wilson entra en la casa. Se ha dejado el muñeco fuera. Se asoma por la ventana de la segunda planta y se queda observando el muñeco.

—¿Qué haces con esto? —le preguntó Brown a Nora.

—Ya verás. —Su hermana iba con un ejemplar de *El guardián entre el centeno*.

Nora se acercó a la casa de los Wilson, se agachó y cogió el muñeco del suelo. Entonces se dirigió a la puerta y dio tres toques. Se escucharon unos pasos y la puerta se abrió.

—¿Hola? ¿Hay alguien?

En ese momento, la niña se asomó por el vano de la puerta.

—Hola, Ane. Soy Nora, la vecina. Te traigo tu muñeco, que te lo has dejado en el jardín. También te traigo este libro; he pensado que te puede interesar.

Ane se la quedó mirando y, con cuidado, cogió el muñeco y el libro antes de volver a meterse en la casa. Cuando se cerró la puerta, Nora se fue.

—Nora, ¿¡pero qué has hecho!?! —le preguntó Brown justo cuando ella cruzaba el umbral de la entrada.

—Acercarme más a ella y ver cómo es. Llevamos días investigando y no hemos descubierto nada relevante, he pensado que conocerla podría ayudarnos a saber lo que ocurre en esa casa, ¿no crees?

—Bueno, sí —respondió él, pensativo.

Después de una larga tarde de trabajo, Brown se dirigió a la cocina a preparar la cena mientras su hermana seguía atenta a cualquier movimiento en casa de los Wilson. Oliver se disponía a calentar una sopa y, al ver que esta tenía un color algo extraño, llamó a Nora.

—Nora, ¿le has puesto algún colorante a la sopa? —Silencio—. ¿¡Nora!?

Ante la falta de respuesta, Brown fue hacia la sala de estar, donde su hermana se encontraba sentada en una silla. Quizá se había quedado dormida, así que giró la silla para despertarla y...

—Oh, ¡Dios mío! —Brown cogió una pistola de un cajón y miró a su alrededor.

Habían disparado a Nora, estaba claro que tenía que salir de allí.

Brown arrancó el coche y se fue lo más lejos posible, aunque no sabía dónde ir. Llegó a un camino muy oscuro y, de repente, recibió una llamada; en la pantalla aparecía el número de Nora.

—¿Nora?

Nadie respondió y, justo en ese momento, Brown levantó la cabeza y vio que se iba a estrellar; cogió el volante e intentó desviarse, pero no pudo.

Minutos más tarde, un conductor vio el coche de Oliver y llamó a la ambulancia desesperado.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntaron los de la ambulancia al llegar al lugar del accidente.

—No lo sé, pasaba por aquí y he visto el coche. Me he acercado y, al ver dentro a una persona inconsciente, os he llamado —respondió nervioso el conductor.

Al día siguiente, Brown se despertó en la cama de un hospital, tenía la vista muy desenfocada. En la habitación había una doctora mirando su expediente médico.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó esta cuando vio que estaba despierto.

—Bi, bien... —respondió Oliver con esfuerzo.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió.

—Señor Brown, creo que tiene visita —dijo la doctora mientras salía de la habitación, antes de saludar a la persona que estaba en la puerta.

La visita entró en la habitación.

—¿Quién eres? —preguntó él.

La persona no respondió; Brown intentó enfocar la vista en vano.

—¿Eres Nora?

La persona seguía sin responder.

—No. No puedes ser Nora. Ella está muerta —dijo Brown—. ¿¡Quién eres!?

Después de casi dos semanas, Oliver había mejorado bastante y había recuperado la vista.

Un par de médicos entraron en la habitación para hacerle un chequeo.

—Buenos días, señor Brown, ¿cómo se encuentra hoy? — le preguntó uno de ellos mientras el otro lo auscultaba.

—Bastante mejor, la verdad.

—Ha mejorado mucho estos últimos días. Así que, si le parece bien, hoy le daremos el alta. Todavía tendrá que tomar unos medicamentos para que le termine de bajar la inflamación del brazo, pero ya podrá irse a casa. De todos modos, si en cualquier momento se encontrara mal, vuelva al hospital —le informó el médico que lo había estado revisando.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Horas más tarde, un taxi dejaba a Oliver delante de su casa. Y allí lo esperaba Nora, que lo recibió con un abrazo.

—¡Por fin estás en casa, hermanito! ¿Cómo estás?

—¿Nora? —Brown estaba confundido—, pero..., pero... ¿Tú no estabas... muerta?

—¿Muerta? ¿Yo? —La joven no pudo evitar soltar una carcajada—. Creo que todavía te duran los efectos de los calmantes, Oli...

Brown le contó a su hermana lo ocurrido la noche de su accidente.

—No ocurrió nada de eso, Oliver. Cuando fuiste a hacer la cena, yo aproveché para ir a comprar y, al regresar, no estabas ni respondías a mis llamadas. Al cabo de unas horas me enteré de lo de tu accidente.

—Entonces...

—Estabas conduciendo por la carretera y te dormiste — dijo Nora—. ¡Menudo susto! He ido cada día al hospital, pero, chico, ¡estabas siempre dormido! ¡Qué bien que ya estés aquí recuperado! Además, me he pedido unos días más de vacaciones, así que podré quedarme hasta que te repongamos del todo.

Al día siguiente, al despertar, Brown había tomado una decisión.

—Buenos días, Nora.

—Buenos días, ¿cómo te encuentras?

—Mejor, pero escucha, he pensado lo siguiente: creo que la investigación sobre los Wilson me está causando alucinaciones. He visto a Ane hacer cosas raras, creí que estabas muerta y esta noche me he despertado y me ha parecido ver a papá; y no es la primera vez que me ocurre. No te había contado nada antes porque me parecía una locura, sin embargo...

—Entonces, ¿no vas a seguir investigando lo que ocurre en la casa de enfrente? —le interrumpió Nora, preocupada.

—De momento no —dijo Brown.

—¡Pero tenemos que hacerlo por Ane! ¡Es solo una cría! —le interrumpió ella.

—Pues si tanto te preocupa, encárgate tú. Yo no puedo más, me estoy volviendo loco y tengo otros casos de los que ocuparme —dijo él enfadado.

—Pues, mira, lo primero que voy a hacer es ir a comprar comida para esa niña. Parece claro que está sola en casa y en cualquier momento se muere de hambre. Y si no quieres investigar más, no pasa nada, pero llama a la policía para que se la lleven a alguna parte y que la cuiden, por favor —le respondió Nora, algo enfadada, antes de coger su cartera e irse a la tienda del barrio.

Casa de los Wilson

Media hora después, Nora se acercó a la casa de los Wilson y llamó al timbre. La puerta se abrió sola y Ane bajó por las escaleras.

—Hola, Ane —dijo Nora.

—Hola. ¿Otra vez aquí? —preguntó la niña.

—Mira lo que te traigo, es para ti. He pensado que quizá te hacía falta.

—Muchas gracias. —Ane cogió las bolsas, cerró la puerta

y, mirando hacia su derecha, dijo—. ¿Qué te pasa? ¿No te gusta?
Él la miró y sonrió.

Casa de Oliver Brown

Nora llegó a casa cansada, dejó las llaves en el recibidor y fue a ver a su hermano.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó Brown.

—Bien, todo bien...

Oliver le enseñó a Nora algo que había encontrado en relación a la niña.

—Mira, he estado buscando en la hemeroteca del periódico local y he visto que Ane estuvo inscrita en un club de patinaje. Puede ser que la echen de menos, pero nadie ha venido ni ha preguntado por ella en todo este tiempo...

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella.

—No lo sé, pero nos puede servir para algo —le contestó Brown.

—¿Nos? ¿Eso quiere decir que sigues con el caso?

—De momento sí, pero si vuelvo a tener paranoias lo dejaré, ¿de acuerdo?

Nora esbozó una sonrisa por toda respuesta.

Al día siguiente, por la mañana, Ane salió a caminar por el bosque. En un claro escuchó unos llantos, siguió el sonido de estos y, en un pequeño hoyo, vio una cría de *husky*.

—¿Qué haces aquí? ¿No tienes madre? ¿Y quién te ha dejado aquí? ¿Cómo puede ser que alguien abandone un cachorro...? —Ane cogió a la cría en brazos—. No te preocupes, te llevaré a mi casa. Yo te cuidaré.

12:09 Ane Wilson entra en la casa con un cachorro de
perro en brazos.

Una vez en el salón, Ane dejó al cachorro en el suelo, lo acarició y le dio un beso.

—Te voy a cuidar mucho —le susurró.

Justo en ese momento, una piedra rompió el cristal de la cocina. Ane corrió hacia la ventana y vio unos niños que se alejaban riendo.

«Qué extraño», pensó. Hacía tiempo que los críos no se acercaban a su casa, ya que les daba miedo cuando la oían gritar: «¡Vete de aquí! ¡No vuelvas más!»; o si salía al jardín chillando a la nada: «¡Déjame en paz!».

Ane se giró y corrió hacia el cachorro diciendo:

—Vete, no le hagas daño.

Él se fue escaleras arriba.

Cuando amaneció, la cría de *husky* le empezó a lamer la cara a Ane.

—Ja, ja, ja. Para, para.

—Ane estornudó y volvió a hacerlo mientras el perro seguía lamiéndole la cara. La niña apartó al cachorro, bajó a la cocina y se encontró a su amigo preparando el desayuno. Se sentó en la mesa y esperó a que este le trajera la comida. Sin embargo, cuando su amigo acabó de prepararlo todo, solo se sirvió a sí mismo.

—¿Y yo qué? —preguntó ella.

Él la miró y empezó a comer. Ane le miró enfadada y se levantó para prepararse el desayuno. Cuando terminó, se sirvió y observó a su amigo.

—¿Qué? ¿Estás enfadado por lo del cachorro? Pues vete acostumbrando a que viva aquí.

Terminaron de desayunar en silencio.

Mientras recogía la mesa, Ane pensó que no le quedaba más remedio que llamar para que arreglaran la ventana. Sus padres tenían el número de la persona que hacía los arreglos en la casa escrito en un papel puesto en la nevera, así que contactó

con ella y quedaron que pasaría por la tarde. Ane pensó en cómo lo haría para que, cuando viniera, no sospechara nada de lo que había pasado con sus padres.

Casa de Oliver Brown

—Mira lo que tiene Ane —le dijo Nora a Brown.

—¿Es un perro? —preguntó él mirando por la ventana.

—Parece que sí. ¿Qué hace con un perro? ¿De dónde lo habrá sacado?

—No lo sé.

Brown se preparó un café y se sentó en una silla al lado de la ventana para observar a Ane. De repente se empezó a encontrar mal, como le ocurría, de vez en cuando, después del accidente, y se fue a su cama a dormir un poco. Mientras pasaba por el pasillo, escuchó unos ruidos y se tropezó con alguna cosa que estaba en el suelo.

—¿Estás bien? —preguntó Nora encendiendo la luz.

—Sí, sí, solo me he tropezado —contestó Oliver rascándose la cabeza.

Nora se acercó a su hermano y miró que no tuviera ninguna herida.

—¿Has oído ese ruido?

—¿Qué ruido? —dijo ella—. No he oído nada.

Brown pensó que se lo había imaginado y se fue a dormir. Solo esperaba que no volvieran las alucinaciones.

Casa de los Wilson

18:54 Un hombre llama a la puerta de la casa de los Wilson.

Sonó el timbre y Ane abrió la puerta.

—Buenas tardes. Soy Joe. Vengo a cambiar el cristal de la ventana. ¿Están tus padres?

—Hola, Joe. No, mis padres están trabajando, pero me

han dicho que te agradecerían mucho que lo arreglaras ahora. Me han dejado el dinero para pagarte.

Joe era un buen tipo y no preguntó más. Él solo quería acabar pronto el trabajo y regresar a casa a ver el partido que su equipo disputaba esa noche, así que, sobre las 20:00, acabó de cambiar el cristal de la ventana, cobró y se fue dando las gracias a Ane.

La niña disponía del dinero que sus padres guardaban en un cajón de su dormitorio para emergencias, y allí había suficiente para vivir durante un largo tiempo.

Casa de los Wilson

Martes, 8 de enero de 2008.

- 07:51 Ane vuelve a salir de la casa, esta vez con la cría de husky. Se sienta en el suelo junto a las tumbas de sus padres.
- 10:30 Ane aún sigue sentada junto a las tumbas de sus padres. La puerta de su casa se abre sola, Ane se dirige hacia la puerta. Empieza a hablar sola.
- 12:21 Ane Wilson sale de casa vestida formalmente y con la cría de husky detrás. Lleva una bolsa de tela colgada en el hombro.

Casa de Oliver Brown

—Ahora vengo —le dijo Brown a Nora.

—¿Dónde vas?

—Ane ha salido de su casa. Voy a seguirla a ver dónde va. Cuando vuelva haré la comida.

—Vete tranquilo, ya cocino yo.

El detective salió de casa tras Ane, que fue hacia la tienda de comestibles del barrio.

—Buenos días, señora Elena —dijo la niña al entrar en el establecimiento.

—Buenos días, Ane. ¿Cómo están tus padres? Hace tiempo que no los veo.

—Están bien, pero tienen mucho trabajo y llegan tarde a casa.

—Bueno, pues dales recuerdos de mi parte.

Ane empezó a hacer la compra. Mientras, Brown la vigilaba desde fuera de la tienda, pero finalmente decidió entrar y fingir que él también hacía la compra, así quizá conseguiría algo más de información sobre la niña. ¿Sería real lo que había visto aquella mañana de octubre o habría sido otra más de sus alucinaciones? En algún momento tendría que hablar de ello con Nora...

—Hola, ¿me da esas galletas, por favor? —le preguntó Ane a Brown al tiempo que señalaba un paquete que se encontraba en uno de los estantes superiores.

—Ah, hola. Claro. Eres, Ane, ¿verdad? Yo soy Oliver, tu vecino. Creo que conoces a mi hermana Nora.

—Ah, sí. Es verdad. Todavía no me he leído el libro que me regaló...

Justo en ese momento, apareció un hombre chillando y señalando a Ane:

—¡Es ella, es ella! Esa cría es la que grita y habla sola en el jardín.

—¿Pero qué dices, Martin? Esta niña es Ane, la hija de los Wilson. Ya has vuelto a beber de más en el bar de Christie, ¿verdad? —le gritó Elena.

—¿Y eso qué tiene que ver? Esta niña está loca —respondió furioso el tipo.

—Mire, será mejor que se vaya a casa a despejarse y tomarse un café bien cargado —dijo Brown.

El hombre se fue de la tienda renegando y Brown le dio las galletas a Ane.

—Gracias por defenderme.

Brown le sonrió.

—Ya lo tengo todo. ¿Cuánto cuesta? —preguntó Ane a Elena.

—No hace falta que me des nada, cariño. Hoy invita la

casa, te lo puedes llevar. —Elena le dio un beso a Ane con los ojos llorosos.

—¿Está bien, señora Elena?

—Sí, sí, solo que eres muy buena niña. Ojalá yo hubiera tenido una hija tan responsable como tú.

Ane sonrió.

—Gracias. Es usted una buena mujer y hubiera sido una gran madre —le contestó la niña algo cohibida.

—Ane, antes de que me olvide, el otro día llegó este paquete a nombre de tu padres. Dáselo, por favor —le dijo Elena tendiéndole lo que parecía una caja dentro de un sobre.

Ane volvió a sonreír, le dio las gracias a la mujer, avisó al perro, que la esperaba tranquilo en la calle, y se fue a su casa acompañada por Brown.

—Muchas gracias por acompañarme, señor...

—Brown, Oliver Brown, pero puedes llamarme Oliver a secas.

—Aha, ¡como mi amigo! Tengo un amigo que se llama Thomas Brown, aunque él prefiere que lo llame solo «amigo» —dijo Ane.

Brown se quedó perplejo y la niña siguió hablando:

— Ahora hace días que no viene a casa. Thomas es bueno, pero no le gusta Coco, mi perro. Yo creo que está un poco celoso.

Brown se rio de manera un poco forzada, le agradeció el paseo a Ane y se dirigió rápidamente a su casa después de que la niña entrara en la suya.

—Nora, te vas a quedar impactada con lo que tengo que contarte.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas que hemos oído a Ane hablar con alguien al que llama «amigo»? —Su hermana asintió—. Pues creo que ya sé de quién se trata.

—¿Quién? —preguntó Nora, curiosa.

—Creo que es papá. El mismo que nos abandonó y nos dejó en la calle con mamá.

—¿Cómo? Pero si papá murió...

—Pues al parecer no lo hizo y está con Ane. Creo que es el mayordomo o algo por el estilo, a saber... Lo que me extraña es que no lo hayamos visto nunca —le informó Brown, furioso.

—¡Eso es imposible, Oli! Mamá vio morir a papá, le dispararon delante de sus narices. Además, tú mismo lo has dicho: en esa casa solo viven Ane y el perro; no hemos visto a nadie más.

—Pero Ane me ha dicho que su «amigo» se llama Thomas Brown, igual que papá. Algo me dice que tiene que ser él...

Brown y Nora no entendían nada, estaban demasiado confundidos. ¿Quizás su madre les había mentido y realmente su padre estaba vivo?

Casa de los Wilson

—Mira, Coco, he traído comida para ti —dijo Ane.

Ane le puso la comida en un plato hondo y en otro le puso agua. Dejó los dos boles en el suelo y entonces cogió el paquete que le había dado Elena y salió de la casa para ponerlo al lado de las tumbas. Sin embargo, le entró la curiosidad y pensó en abrirlo.

—¿Lo abro? No sé... Coco, ¿tú qué piensas?

El perro la miraba sin entender nada. Ane abrió el sobre y de él sacó una caja. Parecía contener algo en su interior, así que la abrió lentamente esperando algo magnífico, pero solo encontró una llave que llevaba dibujada en la parte superior una flor de loto. A Ane le sonaba mucho, pero no sabía de dónde podría ser. Entonces recordó que en el sótano había dos puertas que no había abierto nunca y decidió ir a probar. Ane prendió una vela, la cogió y se fue al sótano, donde hacía tiempo que se había fundido la lámpara. Coco la seguía todo el rato.

Ane empezó a bajar las escaleras con el perro detrás, se oyó un ruido y este se asustó, corrió hacia abajo e hizo tropezar a Ane, que se cayó y tiró la llave y el candelabro con el que sujetaba la vela. Ane quedó inconsciente y a oscuras.

18:45 En la casa de los Wilson se oyen unos ruidos, unos golpes.

Casa de Oliver Brown

—¿Has oído eso? —preguntó Nora asustada.

—Sí.

Brown salió corriendo hacia la casa de los Wilson, seguido de Nora. Cuando llegaron la puerta estaba cerrada. El detective miró a su hermana e intentó tirar la puerta abajo, lo volvió a intentar, y otra vez..., pero nada.

—Bueno, Oli, ya me has demostrado que no estás muy fuerte —rió Nora disimuladamente.

—Mi especialidad es investigar no estar fuerte —contestó Brown, molesto.

Nora se volvió a reír.

—Si tanto te ríes, inténtalo tú, verás como no es fácil.

—De acuerdo. Si puedo, hoy haces tú la cena.

—Está bien. Venga, date prisa.

Nora se puso manos a la obra y consiguió forzar un poco el pomo; tras algunos intentos más, consiguió abrir la puerta.

—Ala, hoy haces tú la cena —dijo Nora.

—Venga, vamos dentro —contestó Brown.

Los dos hermanos entraron en la casa. No funcionaba el interruptor de la luz y no podían ver nada, pero tampoco se oía ningún ruido.

—Aquí no hay nadie —dijo Nora.

—Vamos a buscar más. Ane y el perro no pueden haber desaparecido por arte de magia. No los hemos visto salir de la casa.

—Yo subo al piso de arriba; tú busca por aquí —asintió ella.

Brown buscó por todas partes, preocupado por Ane. Entonces encontró unas cerillas en el suelo y unas gotas de cera delante de la puerta que llevaba al sótano.

—Nora, mira esto —dijo.

—¿Qué es?

—Parece cera de una vela y también hay unas cerillas. Bajemos al sótano.

Mientras, Ane se despertó y, al escuchar las voces de Brown y Nora, entró en pánico y se fue a buscar un sitio para esconderse. Coco la siguió, también asustado y en silencio, sin soltar ni un leve ladrido.

«No, ¡la llave! Me la he dejado», pensó Ane antes de dar media vuelta para recogerla, pero de repente la puerta del sótano se abrió y la niña corrió a encerrarse en el cuarto de la lavadora con Coco.

—Bajemos por aquí —dijo Brown empezando a descender por las escaleras y alumbrado por la luz de una vela que había encontrado en la cocina.

—Oli, mira. En el suelo. ¿Qué es esto?

—Una llave. Tiene un dibujo marcado; parece una flor de loto —respondió él acercando el objeto a la llama de su vela para verlo mejor.

—Creo que reconozco este dibujo. Fíjate en esa estrella de aquí... Me resulta familiar —dijo Nora.

—Espera... ¿Qué es esto? —preguntó Brown, de cuclillas, tocando algo que había en el suelo—. Parece sangre, creo que Ane se ha caído y se ha hecho daño.

La niña estaba escondida en un armario al lado de la lavadora con Coco y con la vela apagada. El perro estaba muy nervioso y soltó un pequeño ladrido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nora.

—No lo sé, viene de allí —contestó Brown señalando el cuarto de la lavadora.

En ese momento, se apagó su vela y el detective subió a por una cerilla, dejando a Nora a oscuras y con la llave en la mano.

—¿Dónde están? ¿Dónde están? —decía Brown mientras buscaba las cerillas que no recordaba dónde había dejado. De

repente pisó algo: eran las cerillas; así que encendió la vela de nuevo y fue al encuentro de su hermana.

—¿Has visto algo? —le preguntó Brown acabando de bajar las escaleras.

—Sí, tengo visión nocturna y he visto de todo —ironizó ella.

Brown y Nora entraron en el cuarto de la lavadora, pero no vieron nada y decidieron volver al piso de arriba.

Ane estaba nerviosa y no dejaba de pensar cómo lo haría para salir de allí. Justo en ese momento, entreabrió la puerta del armario para ver si quedaba alguien en el sótano, pero no vio a nadie; solo se oían unas voces en el piso superior. Entonces pensó en salir por la rejilla de ventilación que daba al exterior y que había al fondo del sótano. Salió del armario con Coco en brazos y tuvo cuidado de donde pisaba porque estaba todo muy oscuro. Al topar con la pared, miró hacia atrás y se subió a una vieja estantería, abrió la rejilla, que se encontraba justo encima, y sacó primero a Coco. Cuando ya estaba en el exterior, cerró la rejilla lentamente para no hacer ruido, pero una corriente de aire la cerró de repente y provocó un fuerte golpe.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Nora todavía dentro de la casa de los Wilson.

—Ane. Creo que está en el sótano —contestó Brown.

—¿Y ese otro golpe? —dijo Nora, sobresaltada, al oír un ruido en la entrada.

—Como sea lo que estoy pensando... —Brown fue directo a la puerta de la casa y la intentó abrir—. Nos han encerrado.

—¿Pero quién? ¿Y cómo lo ha hecho? Habíamos roto el pomo... —preguntó Nora.

—No lo sé.

Ane fue corriendo al bosque y llegó hasta un árbol muy grande y ancho con una gran abertura en el tronco donde había una T marcada. La niña empezó a hablar hacia el hueco.

—Amigo, siento haberte gritado. He hecho lo que me pediste, los he dejado encerrados en casa. ¿Por qué me miras así?

Ya he hecho lo que me dijiste, ¿qué más quieres? —preguntó furiosa a su amigo. Entonces, se dio la vuelta para marcharse, pero su amigo la cogió del brazo.

Casa de los Wilson

—¡Ábrenos! —gritaba Brown golpeando la puerta.

—Lo que nos faltaba... —dijo Nora apoyándose en la pared.

Casa de Oliver Brown

Ane llegó a la casa del detective Brown, se quitó una horquilla que llevaba en el pelo e intentó abrir la puerta, pero no funcionó. ¡Con lo fácil que parecía siempre en la películas! Entonces decidió dar un golpe a la puerta con una piedra que había en el suelo, rompió el pomo y la abrió.

—Ya está —dijo Ane.

Entró lentamente en la vivienda y cerró la puerta asombrada por lo que acababa de hacer. En el suelo del pasillo había una carpeta que llevaba su nombre. Ane, sorprendida, la cogió y se dirigió hacia la habitación de Brown. Allí, en el escritorio, vio el expediente de su madre: todas las hojas estaban en blanco. También había una carpeta con el nombre de su padre en ella.

Casa de los Wilson

Nora fue a coger una silla para romper una ventana y, al levantarla, se cayó una pequeña libreta, parecía un diario. Lo cogió y había un candado que llevaba dibujado el mismo símbolo que la llave que habían encontrado. Se lo fue a decir a su hermano, pero este había desaparecido.

—¿¡Oliver!?! —gritó.

—¿Qué pasa? —preguntó Brown bajando las escaleras del primer piso.

—Me había asustado, ¿aún tienes la llave?

—Claro, ¿por?

—Mira, he encontrado esto. En el candado lleva dibujado el mismo símbolo que la llave, creo que es un diario.

Casa de Oliver Brown

Ane cogió los expedientes y a Coco y salió de la casa.

Casa de los Wilson y casa de Oliver Brown

—Sube, vamos —dijo Brown—. Quiero enseñarte algo.

Nora y Brown llegaron a la habitación de Ane donde había una pequeña pizarra en la que había un texto escrito: «Sé que estáis aquí y sé quiénes sois. Seguro que me conocéis. TB».

—¿Por qué habrá escrito esto Ane? —preguntó Nora.

—Creo que no ha sido Ane. Fíjate, sé que Ane es zurda y el texto de la pizarra no está nada borrado. Las personas zurdas, cuando escriben, tienden a arrastrar la tinta con la mano con la que escriben. Además, la letra de la pizarra no coincide con la letra de esta libreta —dijo Brown cogiendo una libreta de Ane que había en una pequeña mesa.

—Entonces, ¿quién ha sido? ¿Su amigo? —preguntó Nora

—Como haya sido su amigo, creo que estamos jodidos.

—Más bien como sea quien dice ser —añadió ella.

De repente la puerta de la habitación se cerró y Brown y Nora se giraron asustados, las cortinas empezaron a moverse como si hubiera una corriente de aire y las ventanas se cerraron. Por último, la pizarra se cayó al suelo.

Ane, que estaba en el pequeño jardín, al escuchar los ruidos que venían de arriba, miró hacia la ventana del primer piso, vio que las ventanas se cerraban e intentó abrir la puerta que ella misma había cerrado un rato antes.

«¿Por qué no se abre?», pensó mientras la golpeaba con fuerza.

—¿Y esos golpes? —dijo Brown asustado.

—Ni idea. Tengo miedo, Oli. Creo que no salimos vivos de aquí —contestó Nora.

—¿Quién eres? —preguntó Brown al vacío.

Entonces, las ventanas se abrieron de repente y las cortinas dejaron de moverse. En la pequeña pizarra el texto había cambiado: «Devolvedme el colgante», pudieron leer Nora y Brown.

Ambos hermanos se quedaron mirándose en silencio, asustados, hasta que se abrió la puerta y bajaron por las escaleras con cuidado pero apresuradamente.

Ane, que había conseguido entrar en casa, al escucharlos bajar, se escondió en el pequeño cuarto del vestíbulo y los vio salir corriendo hacia su casa.

Cuando Oliver y Nora vieron el pomo forzado, entraron despacio hasta que vieron que no había nadie y se relajaron. Entonces Brown pensó en los expedientes y fue corriendo a su habitación. Al llegar, vio que las carpetas de la familia Wilson eran las únicas que faltaban.

—¡No, no, no! —gritó desesperado.

—¿Qué pasa? —preguntó Nora entrando en la habitación.

—Nos han robado los expedientes.

—No te preocupes, los expedientes están en blanco, ¿no? Tampoco sirven de nada —le dijo Nora a su hermano, tranquilizándolo—. Además, ahora tenemos una nueva pista; he cogido el diario, ¿recuerdas?

—Sí —contestó él.

Nora sacó el diario y la llave de su bolsillo y Brown lo puso en la mesa.

—Aquí quizá encontremos las respuestas que buscamos —dijo el detective.

—¿Las respuestas a qué? —preguntó Nora.

—Nora, yo... Hace meses empecé a investigar la casa de los Wilson porque oí un sonido parecido al de un disparo. En ese momento pensé que habían sido unos críos tirando un petardo, pero desde entonces solo he visto a la niña...

—Vaya... ¿Crees que alguien mató a los padres de Ane? Porque es evidente que no están en su casa y...

—Espera. Eso no es todo, Nora. Al día siguiente, Ane salió con los cadáveres de sus padres al jardín y los enterró.

—¿¡Cómo!? ¿Me estás diciendo que Ane es una asesina? ¿Y por qué no me lo has dicho hasta ahora? ¿Por qué no llamas- te a la policía?

—No lo sé. Pensé que quizá era una de mis alucinaciones. Y... hay demasiadas cosas que no encajan, Nora. Ya has visto lo que ha pasado en esa casa.

—Tienes razón... ¿Qué te parece si abrimos el diario? Igual encontramos algo —dijo ella, preocupada.

Brown cogió la llave con cuidado, la introdujo en el candado y este se abrió.

6 de junio de 1992

Hoy nos vamos a Estados Unidos. Estamos muy emocionados, ya que vamos a empezar una nueva vida.

Jack me está avisando de que tenemos que embarcar ya.

Estoy nerviosa y contenta a la vez.

Ya nos hemos subido al avión.

—El diario no es de Ane —dijo Brown—. Es de María, su madre.

Mientras Oliver y Nora se disponían a leer el diario de la señora Wilson, Ane subió corriendo a su habitación, cerró la puerta y dejó los expedientes en su cama. Al abrir el de su padre vio que, igual que el de su madre, estaba en blanco. Ane revisó todas las páginas para confirmar que no había nada anotado y, en una de las páginas, encontró una foto de un hombre vestido con un traje militar.

—Amigo, este señor se parece mucho a ti —dijo Ane esperando que Thomas le contestara. Guardó la foto en su mesita de noche y cogió el expediente de su madre. Sabía que estaba en blanco, lo había visto en casa de Brown, pero allí también había una foto, la de una mujer que no era su madre. La guardó junto a la otra y se dispuso a abrir su expediente, el último que se había llevado. En la segunda página había una foto de un niño pequeño con una especie de boina. El crío estaba sentado encima de una piedra y parecía que había alguien a su lado, pero la

foto estaba rota. Volvió a abrir el cajón de su mesita de noche y guardó la foto del niño. Siguió hojeando su expediente y, unas páginas más adelante, encontró otra foto; era la mitad que faltaba de la foto del niño.

Al juntar ambas imágenes pudo observar a un niño y una niña sentados sobre una gran piedra. El niño llevaba algo en la mano, parecía un mineral.

¿Quiénes eran esos críos y qué hacían sus fotos en los expedientes de su familia?

Le dolía un poco la cabeza, así que lo guardó todo en el cajón de su mesita de noche, decidida a descansar un rato.

De repente oyó a Coco, que ladraba en el piso de abajo. Bajó para ver qué sucedía y se encontró con el cachorro lloriqueando delante de su cuenco vacío.

—Vaya, Coco. ¡Qué glotón eres! Tranquilo, ahora te pongo un poco más.

Ane abrió uno de los armarios de la cocina para ponerle más comida a Coco, pero, al alargar el brazo para coger la bolsa de pienso, dio un golpe al tarro del café y éste se cayó al suelo. Ane resopló fastidiada y, cuando se disponía a cerrar la puerta del armario, vio algo que le llamó la atención al fondo de este. Era como si, en ese punto, la madera no fuese regular, como si tuviese una parte que sobresalía un poco. Ane apretó con fuerza esa parte del armario y se abrió como una pequeña puerta secreta que dejaba al descubierto un pequeña caja de madera. La cogió con cuidado y la sacó de su escondite.

En la tapa de la caja se podía leer: «Oliver Brown».

—¿Oliver Brown? ¿Este no es el nombre del vecino? —se preguntó Ane, algo desconcertada. Miró por la ventana y vio que la luz de la habitación de Oliver estaba encendida, así que se puso un abrigo y salió con Coco.

20:03 Ane Wilson sale de su casa con el perro y una caja.

—Mira, Nora. La niña viene hacia aquí —dijo Brown.

—¿Qué lleva en la mano? —preguntó ella asomándose.

Ane los vio, se asustó y empezó a correr de vuelta a su casa, pero tropezó con una rama caída y se hizo una herida en la rodilla.

Brown y Nora vieron lo que había pasado y bajaron corriendo a ayudarla.

—No, no voy a dejar que se quede ahí sola. Tú misma dijiste que me tenía que preocupar por ella. —Brown abrió la puerta y salió, Nora fue tras él. Cuando llegaron, Ane estaba intentando levantarse, pero el dolor era insoportable.

—¿Qué ha pasado, Ane? —preguntó Brown.

La niña le miró y le enseñó la rodilla.

—Me he tropezado —dijo.

—Ven a casa, te curaremos —sonrió Nora mientras la ayudaba a levantarse.

—Tenga. Venía a devolverle esto. —Ane le dio los expedientes con las fotos y la caja a Oliver.

—Así que los habías cogido tú... Pero esta caja no es mía —dijo Brown extrañado.

—Sí, mire, pone su nombre.

Oliver cogió la caja y vio lo que ponía. Ane le miró de nuevo y señaló los expedientes. Él los abrió y vio las fotos.

—Mira, Nora, ¡es mamá!

—Y este, papá —contestó Nora señalando otra foto.

—Y nosotros... ¿Qué es todo esto? ¿De dónde han salido estas fotos? —dijo Oliver mirando a la niña.

—No lo sé, estaban en las carpetas. Este de aquí se parece mucho a mi amigo —dijo Ane señalando la foto del padre de Brown y Nora.

Brown cogió todo y, desconcertados, los tres se dirigieron a casa de los Brown seguidos de Coco.

—Siento haber cogido los expedientes —musitó Ane antes de entrar.

—No te preocupes, Ane. Para compensarlo me has traído una caja, así que no está nada mal —le dijo Brown guiñándole

un ojo—. Ahora siéntate en el sofá para que Nora pueda curarte. Esa herida te tiene que doler un montón.

—Un poco, la verdad —dijo Ane bostezando mientras se sentaba donde le habían indicado.

Nora llegó con el botiquín.

—¿Dónde están vuestros padres? —preguntó Ane.

—Murieron hace tiempo —respondió Nora mientras limpiaba la herida.

—¿Y los tuyos? —le preguntó Brown a la niña.

—¡Ay! Pica —se quejó ella sin prestar atención a lo que le había dicho el detective.

—Lo sé, pero eso significa que se va a curar pronto —dijo Nora.

Tras curar a Ane, Brown lo guardó todo en el botiquín y ayudó a Ane a ir a la cocina, donde Nora había ido a preparar la cena.

—Mira, estoy haciendo macarrones. Y tú, jovencita, cenas hoy con nosotros.

Ane no pudo evitar sonreír.

Casa de Oliver Brown

Miércoles, 9 de enero de 2008.

09:54 Después de cenar, Ane Wilson se quedó dormida y ahora se encuentra en la habitación de Nora. La herida de la rodilla tiene mejor aspecto.

—¿Qué escribe, señor Brown? —preguntó Ane bajando por las escaleras.

—Buenos días, Ane. Veo que puedes andar mejor que ayer, ¡me alegro! ¿Quieres desayunar? —le preguntó él cambiando de tema.

—No, gracias. Me voy a mi casa, ya casi no me duele la rodilla —contestó la niña.

Ane salió, no sin antes dar las gracias de nuevo a Brown y

Nora, y se fue a su casa.

Brown estaba afectado mirando el contenido de la caja que le había dado Ane cuando Nora se acercó a él.

—¿Qué pasa, Oli?

—Mira, Nora. La caja estaba llena de imágenes de papá. ¿Y si es él el que está en su casa? Ya sé que mamá dijo que murió, pero... ¿y si sigue vivo? —respondió Brown.

—Oliver, papá nos abandonó y, poco después, murió. Mamá dijo que le dispararon en la cabeza. Ella lo vio todo y no nos hubiese mentido —dijo Nora con los ojos lagrimosos.

LA NUEVA VIDA

Casa de los Wilson

Lunes, 12 de octubre de 2009.

Han pasado casi dos años desde la caída de Ane en el jardín.

Poco después de aquello, Nora regresó a su casa y a su trabajo y me hizo prometerle que, si pasaba alguna cosa extraordinaria en la investigación, la avisaría.

Las cosas por la casa de los Wilson han estado bastante tranquilas. Ane se las apaña muy bien y nadie en el barrio sospecha que vive sola. Nuestras casas quedan bastante alejadas del resto, y ello facilita que así sea. Casi nadie pasa por nuestra calle.

Ane tiene ahora quince años y Coco siempre la acompaña a todas partes.

No he visto ni rastro de su «amigo».

09:07 Ane Wilson sale de su casa seguida de Coco; parecen ir en dirección al bosque.

Ane fue hasta el árbol con la gran abertura en su tronco y la T grabada y se sentó a los pies del árbol. De repente oyó unos pasos y se levantó de golpe.

—¿Amigo? —preguntó—. Sabía que volvería a verte —dijo abrazándolo.

Este la agarró de la mano y se fueron juntos hacia la casa—. ¿Por qué te has ido todo este tiempo? Te dije que podías volver.

12:45 Un hombre y una mujer aparecen delante de la casa de los Wilson.

Casa de los Wilson

—¿Estás seguro de que esta es la casa de la que me hablaste? —preguntó la mujer.

—Sí, un vecino del pueblo dice que la chica que vive aquí actúa de una manera muy extraña. Quizá encontremos actividad paranormal —dijo el tipo. Se llamaba Jake Smith y, junto a su compañera, Mathilde Caso, se dedicaban a investigar fenómenos extraños.

—No sé si es muy de fiar ese vecino. ¿No me dijiste que lo encontraste en un bar? —dudó Mathilde.

—Bueno, entremos y ya veremos —dijo él con ganas de pasar a la acción.

Jake y Mathilde llegaron hasta la puerta e intentaron abrirla, pero estaba cerrada con llave. Sin consultarlo con su compañera, Jake forzó rápidamente la cerradura.

Ane escuchó a la pareja entrar en su casa y subió las escaleras despacio para no hacer ruido.

—Jake, no me parece bien lo que estamos haciendo, la casa no está abandonada —dijo Mathilde asustada.

Justo en ese momento, Ane apareció en la escalera vestida con un pijama blanco manchado de rojo y el pelo cubriéndole la cara.

—Salid de aquí ahora mismo o no saldréis nunca —susurró.

12:50 La pareja sale corriendo y gritando de la casa.

Mathilde y Jake corrieron hasta el coche para salir lo más rápido posible de allí, convencidos de que acababan de ver un fantasma.

—No arranca —dijo ella, asustada. Jake salió del coche y le dio un puñetazo al capó.

—Ya está —dijo Jake entrando de nuevo al coche—. Vamos a la comisaría más cercana, deprisa.

Pocos minutos después, llegaron a la comisaría de la zona.
—Buenos días. Necesitamos informar de un hecho que puede ser importante —dijo Mathilde.

—¿Qué sucede? —preguntó el policía que se encontraba en el mostrador.

—Mire, hemos ido a la casa de la familia Wilson y allí había una chica con un pijama blanco con manchas rojas que parecían de sangre. Creemos que allí se ha cometido un crimen —dijo Jake.

—Nos ha dicho: «Salid de aquí ahora mismo o no saldréis nunca» —añadió Mathilde.

El policía los hizo entrar en un despacho para tomarles declaración.

Casa de Oliver Brown

El detective estaba leyendo el diario de María Wilson:

30 de septiembre de 2007.

Hoy vamos a preparar una receta con Ane, le encanta cocinar.

«No sé cuántas veces he leído el diario. Aquí no voy a encontrar nada», pensó Brown.

De repente, le vino un raro olor a limón, dejó el diario en la mesa y se asomó por la ventana; el olor pareció desaparecer. Sin embargo, al volver a coger el diario, volvió a notarlo.

Comisaría

—Buenas tardes —dijo un policía dándoles la mano.— ¿Están seguros de que la chica estaba sola en la casa? —preguntó el policía.

—Nosotros no hemos visto a nadie más —contestó Jake.

—Bien. Entonces iremos hacia allí para ver qué ha podido pasar. Si son tan amables de acompañarnos... —dijo el policía.

—De acuerdo —contestaron los dos a la vez.

La pareja y una patrulla de policía se dirigieron a la casa de los Wilson.

Casa de Oliver Brown

El olor a limón le recordó a Brown cuando era pequeño y sus amigos y él se escribían mensajes secretos mojando un palo fino en zumo de limón, como si fuera tinta. El mensaje no se podía leer a no ser que acercaras la llama de una vela al papel. Se le ocurrió que quizás María Wilson había utilizado la misma técnica para escribir en el diario. ¿Pero por qué no se había dado cuenta antes de ese olor a limón? «A veces estás tan metido en una idea que se te pasa por alto lo que tienes delante de las narices», se dijo.

Cuando el detective puso la vela cerca de la página del diario, apareció un dibujo de María y Jack Wilson ahorcados, colgando de una cuerda.

15:45 El hombre y la mujer vuelven a la casa, esta vez
con una patrulla de la policía.

El policía se acercó a la puerta y, como la cerradura estaba rota, pudo entrar sin problemas. Se fijó en una mancha que había en el suelo de color rojo oscuro, la olió y la tocó.

—Aquí hay una mancha de sangre —dijo antes de limpiarse las manos con un pañuelo de tela que tenía en el bolsillo.

Justo en ese momento se escucharon unos pasos en el piso de arriba.

—Habéis oído eso, ¿no? —preguntó Jake.

—Sí, vamos —respondió el otro policía.

Ane Wilson estaba muy asustada y se escondió en el armario de su habitación con Coco.

—¿Amigo? Ven, que te van a ver —dijo Ane.

Los policías llegaron al piso de arriba, la muchacha pensaba en la manera de salir de ahí sin que la vieran, pero no se le ocurría nada.

Coco, al escuchar más pasos, salió del armario y empezó a gruñir.

—No, Coco, ven aquí —susurró Ane, preocupada, y salió del armario para ir con el perro, pero se encontró frente a un policía.

—Buenas tardes, ¿eres Ane Wilson? ¿Dónde están tus padres? —preguntó el policía.

—Sí, ¿qué hace usted en mi casa? Váyase, mis padres están de viaje. ¡No puede estar aquí! —dijo Ane, preocupada.

El otro policía entró en la habitación y se llevó a Ane hasta el coche. Ella estaba impactada y no soltó ni una palabra.

—Ane, ahora iremos a comisaría y nos vas a contar dónde están tus padres y qué pasa en tu casa, ¿de acuerdo? —dijo uno de los agentes con suavidad.

—No les voy a decir nada —respondió Ane mirando por la ventana.

—Entonces vamos a pensar que tú has hecho algo —replicó el policía.

—¡No! Yo no he hecho nada —dijo Ane mirándolo fijamente.

Los policías llegaron a comisaría y acompañaron a Ane a una sala de interrogatorios.

—Hola, Ane, soy el inspector Miller —se presentó este ofreciéndole un vaso de agua a la chica—. No te voy a mentir: sospechamos que vives sola en tu casa.

—No es verdad. Vivo con mis padres —dijo ella.

—¿Y dónde están? No conseguimos localizarlos.

—Están de viaje. Trabajan mucho y...

—Deja de mentir, Ane. Hemos descubierto que hace un par de años que no los ha visto nadie. ¿Qué ha pasado con ellos?

Ane se derrumbó.

—No lo sé, yo tenía trece años y ellos... desaparecieron.

—¿No recuerdas nada de ese día? ¿Por qué no llamaste a la policía? ¿Había alguien más contigo?

—Estaba mi amigo.

—¿Tu amigo?

—Sí, mi amigo —contestó Ane.

—¿Y quién es ese amigo? —preguntó el inspector. Ane se quedó callada y bebió un poco de agua—. Ane, necesito que me digas quién es ese amigo. Tienes que ayudarme, así podremos encontrar a tus padres.

Ane miró al inspector con los ojos empañados.

—No sé quién es —dijo ella.

—Está bien —dijo el inspector mostrándole confianza a Ane—. De momento, hasta que no localicemos a tus padres, tendrás que quedarte en un centro de acogida. Lo entiendes, ¿verdad? No puedes quedarte sola en casa.

Ane se quedó mirando al inspector sorprendida.

—Pero ¿podré ir a buscar mis cosas? —preguntó.

—Sí, claro —dijo el inspector sonriendo.

El inspector, una pareja de agentes y Ane llegaron a la casa.

—Voy contigo, que me han dicho que te intentaste escapar —dijo el inspector.

Ambos entraron en la casa y se dirigieron al piso de arriba.

—¿Puedo coger esta foto de mis padres? —preguntó Ane.

—Claro, coge lo que quieras —dijo el detective con amabilidad.

Ane cogió el marco con la foto, su pijama, su muñeco de trapo y algunas pertenencias más.

—Ya estoy —dijo cuando hubo terminado.

—De acuerdo, vamos.

—Vale —dijo Ane.

Ese mismo día, el inspector acompañó a Ane al centro de acogida, que funcionaba como un internado.

—Buenos días, Julia —dijo el inspector.

—Buenos días, señor Miller. Tú debes de ser Ane, ¿no? —dijo la directora del centro mirando sonriente a la chica.

—Sí —respondió esta con timidez.

—Ven conmigo, te llevaré a tu habitación e iremos a cenar.

Julia se despidió del inspector y acompañó a Ane a su habitación.

—Esta es tu habitación y tu cama es esta de aquí —dijo señalando una cama que había en una esquina—. Puedes dejar tus cosas en este armario. Encima de la mesa encontrarás los horarios del centro y tus libros.

Ane iba mirando a su alrededor.

—Aquí tienes tu uniforme, te lo tienes que poner cada día. Ahora dejo que te instales y te vistas, y luego puedes venir abajo para que te enseñe el centro y el comedor —dijo Julia—. Nos vemos dentro de un rato. Bienvenida.

Ane le dio las gracias, dejó su pequeña maleta en la cama y la abrió. Puso todo en su sitio y se fue a poner el uniforme. Antes de reencontrarse con Julia, cogió la foto de sus padres y, cuando iba a ponerla en la estantería que había al lado de su cama, esta se cayó y el marco se abrió. Y allí, entre el marco y la foto, encontró un collar que había pertenecido a su madre y un papel doblado. Cogió el papel. Era una carta.

Hola, Ane. Si estás leyendo esto significa que ya te has ido de casa y que, por lo tanto, ya eres mayor para saber lo que voy a contarte: Jack, tu «padre», no es tu padre. Él te querrá siempre como un padre, eso no lo dudas, pero tienes que saber que no llevas sus genes. No debería decírtelo así, con una carta, lo sé, pero si estás leyendo esto es porque todavía no he encontrado el valor suficiente para decírtelo en persona. Ruego que me perdones.

Un beso. Te quiero.

Mamá

Ane cerró el papel y se secó las lágrimas.

—¿Y tú quién eres? —preguntó una chica que acababa de entrar en la habitación sin que Ane se hubiese dado cuenta de ello.

—Soy Ane, ¿y tú?

—Soy Lara, levántate.

—Oye, a mí no me digas lo que tengo que hacer —dijo Ane, que todavía no se había recuperado del impacto que le había causado la carta.

—No sabes con quién te metes; baja los humos, niña —dijo Lara yéndose.

Ane guardó la foto de sus padres y el collar en la mesita de noche y se fue a buscar a Julia.

—Ya me he puesto el uniforme —le dijo Ane.

—Te queda muy bien. Estaba pensando que se ha hecho tarde, así que mejor ve a cenar y mañana a primera hora te lo enseño todo, ¿de acuerdo? —propuso Julia.

—Vale.

—Ven, te acompaño al comedor.

Ane no dejaba de pensar en la carta de su madre por el camino.

—Ve ahí para que te sirvan la comida y luego siéntate donde te apetezca. Nos vemos mañana —se despidió Julia.

—Vale. Buenas noches.

Cuando le sirvieron la comida, Ane se sentó en una mesa vacía.

—Hola, ¿quién eres? —preguntó una chica acercándose a ella.

—Ane.

—Yo soy Marta, y mis amigas se llaman Lisa, Paula y Violet. ¿Te quieres sentar con nosotras? Estamos en esa mesa —dijo señalando hacia un grupo de chicas que saludaron a Ane con efusividad.

—No hace falta, ya estoy bien aquí. Gracias —respondió ella, poco acostumbrada a interactuar con otras personas.

—Bueno, si quieres venir eres bienvenida —dijo Marta sonriendo.

Ane dudó unos segundos, pero al final decidió sentarse con ellas.

Al día siguiente, Ane se despertó y vio que en la mesita de noche ya no estaba el collar de su madre. Se levantó de la cama y empezó a buscarlo desesperadamente.

—¿Buscas esto? —dijo Lara con sorna—. Ay, la niña pequeña que duerme con el collar de su madre. Si estás aquí es porque no te quiere —se rio.

—Dámelo —dijo Ane.

—No quiero.

Ane se levantó y le dio un bofetón a Lara.

—¡Ay! Que era broma —se quejó esta.

—Mis padres me querían, solo que se murieron —dijo Ane, molesta, recuperando el collar.

Lara miró a Ane y se fue.

—¿Estás bien? —Un compañero del centro que había visto lo ocurrido asomó la cabeza por la puerta del dormitorio.

—Sí, gracias. La que no está bien es ella, pero se lo merecía —dijo Ane.

El chico sonrió.

—¿Quién eres? No te había visto nunca. Yo soy Lucas.

—Hola, me llamo Ane, soy nueva.

Los dos se miraron sin saber qué más decir.

—Bueno, ¿vamos a desayunar? —dijo Lucas.

Bajaron al comedor y por el camino se encontraron a una profesora que los miró muy seria.

—Esa es la de Matemáticas. Es muy maja, ya verás —le contó él.

Ane esbozó una sonrisa.

Cuando llegaron al comedor, Lara se los quedó mirando, se acercó a ellos y cogió a Ane de la camiseta.

—¿Y tú qué haces con él? —le preguntó susurrando.

—¿Pero a ti que te pasa conmigo? Lucas es mi nuevo amigo, ¿tienes algún problema con ello? —dijo Ane.

Lara la miró furiosamente, pero no añadió nada más.

Lucas ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

Ya con el desayuno en la bandeja, Ane pasó al lado de Lucas para ir a sentarse a una mesa vacía.

—¿No vienes conmigo? —preguntó él.

—No, lo siento. Prefiero comer sola —dijo Ane.

—¿Es por lo que te ha dicho Lara? No le hagas caso

—Lo que me haya dicho Lara da igual, de verdad. No dependo de ella. Pero, si no te importa, necesito pensar —respondió Ane.

Lucas pareció comprenderlo y Ane se fue a desayunar en silencio.

El comedor estaba ya casi vacío y ella se encontraba recogiendo para dirigirse a su primera clase cuando Julia se le acercó.

—Buenos días, Ane. ¿Qué tal tu primera noche?

—Bien, gracias. —contestó ella.

—Genial. Mira, antes de ir a clase tendrías que acompañarme, tienes visita —dijo Julia.

—¿Visita? —Ane no sabía quién podía ir a visitarla, pero siguió a la directora hacia su despacho.

Una vez allí, Julia los dejó a solas para que pudiesen hablar.

—¿Brown? ¿Qué hace usted aquí?

—Hola, Ane. Iré al grano: voy a intentar sacarte de este centro, pero primero necesito saber todo lo que pasó en tu casa hace dos años. De lo contrario, no voy a poder ayudarte. Te prometo que puedes confiar en mí —dijo el detective.

—Déjeme, no tengo nada que decirle —respondió ella saliendo apresurada de la habitación.

—Ane, ¿qué pasa? —preguntó Julia al verla salir tan rápido.

—Nada, me voy a clase de Historia, que llego tarde —dijo Ane.

—Ah... De acuerdo, te acompaño —añadió Julia, que no entendía lo que había ocurrido entre Ane y el detective.

—Buenos días —dijo Ane al entrar en clase.

—Señorita, llega tarde —dijo la profesora.

—Tenía una visita —dijo Ane.

—¿Una visita? Aquí no se hacen visitas en horario escolar, señorita. ¿Acaso me está mintiendo? —preguntó la mujer—. Siéntese aquí, abra este libro por la página 78 y léanos el texto —dijo señalando un pupitre y el manual que había encima.

Lara, que estaba sentada justo frente a Ane, la miró y pareció burlarse de ella.

—Norma 79, cada alumno que llegue tarde recibirá un castigo —leyó Ane—. Pero, señora, le digo que he tenido visita. Julia lo sabe —insistió Ane.

—Ane, no le hables así, ten cuidado. La profesora Davis está loca —susurró Lucas a su lado.

—Muy bien, niña, tú lo has querido. —La mujer se levantó y se fue a buscar a Julia.

—¿Desde cuándo reciben visitas en horario lectivo los chicos de este centro, a ver? —preguntó Davis.

—Desde nunca, ¿por? —preguntó Julia.

—La niña nueva...

—Ane —interrumpió la directora.

—Eso. Según ella ha tenido visita y debido a eso ha llegado tarde a mi clase —dijo la profesora.

—No, ella no ha tenido ninguna visita —dijo Julia con un resplandor extraño en los ojos.

La profesora se retiró y se dirigió a su clase hecha una furia. Cuando entró, todos los alumnos se quedaron mirándola.

—¿¡Qué miráis!?! —gritó. Los alumnos se giraron mirando hacia la pizarra—. Señorita Ane, abra la página 34 y léanos el texto.

—Norma 31, cada alumno que mienta o desobedezca deberá ser sometido a... ¿azotes? —Ane no podía creer lo que estaba leyendo.

—Eso es injusto, señora Davis —manifestó Marta—. Ane no ha mentado, yo vi cómo se reunía con alguien en el despacho de la directora cuando venía hacia aquí.

—¿Insinúan que Julia me ha mentido? —preguntó la profesora.

—No, pero... No lo entiendo, Julia me vio. Es más, ella misma me dijo que tenía visita... —respondió Ane, confundida.

—Vengan las dos, señoritas —exclamó la profesora.

Ane y Marta se levantaron y Davis las cogió de los brazos.

—¿Quién va primero? —les preguntó. Ninguna de las dos contestó—. Espabilen, ¡que es para hoy!

Ane miró a Marta y dio un paso para delante. Entonces Marta cogió a Ane del brazo y la tiró para su lado.

En el mismo momento, Lucas levantó la mano. La profesora se giró y lo miró.

—Lucas...

—Señora Davis, ¿esto no es ilegal? —preguntó él.

—Lo pone en este libro, ¿no? —dijo la profesora levantando el manual—. Si fuera ilegal, no lo pondría.

Lucas se levantó de su silla y se puso encima de su pupitre. La mujer lo miró extrañada.

—¿Se puede saber qué es lo que hace, señor Taylor? —preguntó la profesora.

—Si les da a ellas, nos da a nosotros —dijo Lucas.

—Lucas, baja de ahí. Déjalo o será peor —le pidió Ane.

La profesora se empezó a reír.

—¿Te crees que estás en una película de Hollywood, niño?

Lucas bajó de su pupitre avergonzado.

—Ya está bien. Irás tu primera —dijo Davis tomando a Ane del brazo.

—No volveré a llegar tarde, se lo prometo. Pero no me pegue, por favor —le rogó la chica a la profesora.

—Levántese la manga, le digo.

—No, por favor. No me pegue, de pequeña me rompí las dos muñecas...

Ane rompió a llorar. La profesora la miró y la mandó a su pupitre.

—Marta, levántese las mangas y sin rechistar —dijo la profesora antes de pegarle con la regla en las dos muñecas.

Después de aquello, Marta corrió a sentarse en su silla.

—¿Por qué a Ane no la ha pegado y a mí sí? —le preguntó Marta con los ojos llorosos.

Ane se la quedó mirando: pensaba lo mismo que ella. Nada de aquello tenía sentido.

La profesora no respondió y siguió con su clase.

—Es injusto lo que le ha hecho a Marta por tu culpa —susurró Lara, mirando a Ane con desprecio.

—Ya lo sé y lo lamento muchísimo —le respondió Ane, también susurrando.

A la hora de comer, los alumnos se reencontraron y Lucas aprovechó para hablar con Ane.

—Ane, ¿cómo estás? Hay que hacer algo para que la profesora Davis deje de tratarnos así. Deberíamos hablar con la directora. El castigo físico no está permitido y creo que Julia no sabe lo que ocurre en las clases de Historia —dijo Lucas.

—¿Y si es peor que nos quejemos? ¿Y si la directora no hace nada? La verdad es que, después de lo ocurrido hoy, no me fio de nadie en este sitio. Esta mañana he tenido mucha suerte de librarme de los golpes, pero mira lo que le ha ocurrido a Marta. No quiero tentar la suerte; y tú tampoco deberías hacerlo —dijo Ane.

Lucas asintió a regañadientes, pero pensó que Ane tenía razón. Al fin y al cabo, ellos solo eran unos pobres chicos sin familia que vivían apartados de la sociedad; críos que no importaban a nadie.

Por la tarde tenían Educación Física, pero Ane no asistió a la clase. El profesor, al contar a los alumnos, se dio cuenta de que no estaban todos:

—Falta alguien —dijo.

—Falta Ane —respondió Violet.

Lucas se ofreció voluntario para ir a buscarla y el profesor, que no estaba dispuesto a perder más tiempo de clase, accedió. Lucas buscó a Ane por todos lados, pero la chica no aparecía. En el pasillo se encontró con la profesora de Matemáticas, Lidia, que le preguntó qué estaba haciendo por allí a esas horas.

—Estoy buscando a Ane, ¿la has visto?

—¿Quién es Ane?

—La chica nueva, antes te has cruzado con ella. Tiene el pelo negro, flequillo, ojos verdes, pecas...

—Ah, sí. No la he visto, no. Voy a la sala de profesoras a ver si alguien sabe algo —contestó Lidia.

Lidia fue a preguntar a los profesores. Mientras, Lucas fue a mirar en la habitación de Ane, pero tampoco estaba. Sin embargo, vio algo en el bosque y, al asomarse por la ventana, se dio cuenta de que era ella. Lucas bajó corriendo.

—¡Ane! —gritó Lucas saliendo de la casa y corriendo hacia los árboles que rodeaban el centro.

Al ver al chico, Ane salió corriendo, pero se tropezó con un tronco.

—No puedes estar aquí —le advirtió él levantándola del suelo.

—Déjame, no quiero volver —dijo ella con los ojos llorosos.

—¿Es por lo de Davis? —preguntó Lucas.

—Sí. No... No lo sé. Igual he sido demasiado maleducada y me lo merecía. La profesora tendría que haberme azotado a mí también... —Ane se había puesto a llorar y Lucas no sabía cómo consolarla—. Además, tampoco es que encaje mucho aquí.

—Ane, no digas eso. Estoy seguro de que te adaptarás —dijo Lucas sonriendo.

—¡Ane! —gritó Lidia acercándose—. ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. —Ane miró a Lidia y luego a Lucas sin saber qué más decir.

Los tres entraron en el centro y se encontraron con la profesora Davis.

—Vaya, parece ser que ya la habéis encontrado. ¿Dónde estaba? —preguntó con desprecio.

Lidia miró a Ane.

—Estaba en el patio, quería beber agua —dijo la profesora de Matemáticas.

—Los alumnos no pueden ir al patio en medio de clase si no son autorizados. Debe de ser castigada.

—Ya está bien, Davis. Ane no lo sabía —intervino Julia, uniéndose al grupo y zanjando así la discusión—. Chicos, ahora volved a clase, venga.

Casa de Oliver Brown

Habían pasado un par de días desde que se habían llevado a Ane y, tras hablarlo con Nora, el detective Brown fue a la comisaría, decidido a explicar todo lo que había descubierto de los Wilson. Hasta ese momento había sido reticente por lo que le hubiese podido pasar a la cría, pero ahora que estaba en un centro de acogida no tenía nada que perder. Además, tenía un plan en mente y para ello necesitaba la ayuda de la policía.

—Buenas noches, les traigo esto —dijo Brown entrando en la comisaría y mostrando una carpeta llena de documentos al policía que estaba en el mostrador.

—Buenas noches. ¿De qué se trata? —dijo el policía.

—Es información sobre la familia Wilson. Soy su vecino, los he estado investigando desde el principio de todo, y creo que esto les puede servir —respondió el detective.

—¿Y por qué no avisó a nadie? ¿¡Sabe que esto es ilegal!?

Brown sacó de su bolsillo un documento que lo identificaba como detective y el agente se calmó un poco.

—Está bien, ¿qué sabe sobre la familia Wilson? —preguntó el policía.

—Se lo contaré todo, pero primero quiero ver a la chica. Es importante —respondió Brown, que necesitaba volver a acercarse a Ane y saber que se encontraba bien.

El policía le acompañó al despacho del inspector Miller y Brown pudo contarle parte de lo que sabía sobre Ane, así como lo que necesitaba de él.

—Está bien, Brown. No sé por qué, pero voy a confiar en usted. Mañana podrá ir al centro para ver a la niña y obtener una muestra de sangre sin que ella se entere de nada —dijo el inspector.

Centro de acogida

Era por la noche y los niños se fueron a la cama.

Al día siguiente, los internos tenían un rato libre después de las clases y Lucas se fue a la habitación de Ane para charlar con ella.

—¿Sabes dónde está Ane? —preguntó Lucas a Lara al ver que la chica no estaba allí.

—Ahora se ve que te importa mucho —dijo ella, molesta.

—¿La has visto o no? —preguntó Lucas.

—No, pero cuídala, que si no se escapa —contestó Lara riéndose.

Lucas se fue enfadado de la habitación. Y Lara lo siguió sin que él se diera cuenta.

—Lidia, ¿has visto a Ane? —preguntó Lucas al encontrarse con la profesora en el pasillo.

—No, no la he visto —dijo Lidia— ¿Se ha vuelto a escapar?

A Lidia le sonó el móvil en ese momento y se disculpó con Lucas para atender la llamada. El chico continuó su búsqueda, pero Lara se quedó escuchando la conversación telefónica.

—Ya está todo preparado, está en la enfermería —susurró la profesora a su interlocutor.

A Lara le extrañó lo que había escuchado y se fue sin hacer ruido a la enfermería. Al entrar, se encontró a Ane dormida en una camilla. Lara intentó despertarla, pero de repente se oyeron unos pasos y la chica se escondió detrás de la puerta, asustada.

Lidia, el detective Brown y un médico entraron en la sala.

—Aquí la tienen. Dense prisa —dijo Lidia.

El médico le sacó sangre a Ane y la guardó en una neverita portátil.

—Ahora, cuando los chicos vayan a cenar, la llevaremos a su cama y yo me quedaré con ella hasta que despierte —dijo Lidia.

Ya en la habitación, Brown y Lidia estaban tumbando a Ane en la cama cuando la mujer vio que la chica tenía una marca en la espalda.

—¿Y esto? —preguntó Lidia.

—¿El qué? —dijo Brown mirando lo que le mostraba la profesora—. Es... Parece una quemadura. ¿Cómo es posible? Se ve muy reciente. ¡Pensaba que aquí estaría a salvo! —añadió tan enfadado como preocupado.

—Mañana mismo averiguo lo ocurrido y le prometo que no volverá a pasar —dijo Lidia.

Lara esperó sola en la enfermería hasta que vio que nadie regresaba y, en cuanto pudo, salió de ahí y se dirigió a la habitación al tiempo que el resto de los alumnos abandonaban el comedor.

Brown se había ido ya del centro cuando Lara iba a entrar a su habitación y se encontró a Lidia sentada en una silla al lado de la cama de Ane, que seguía dormida gracias al fármaco que le había administrado la profesora antes de la analítica, para evitar que se diera cuenta de nada.

«¿Qué hago? Ahora no puedo entrar, pero Ane tiene que saber lo que le han hecho», pensó Lara.

Unos minutos después, Ane despertó y se asustó al ver a Lidia sentada junto a su cama.

—No te preocupes, Ane. Te has mareado y te hemos tumbado en la cama. No ha sido nada, estarás bien. Los chicos ya han cenado y están regresando a sus habitaciones, así que te voy a traer algo para comer, ¿de acuerdo? —dijo Lidia sonriendo.

Lara se apartó de la puerta y aprovechó para entrar y hablar con Ane.

—Ane, te han sacado sangre y la han guardado en una nevera como las que usan para la playa.

—¿Por qué? ¿Quién ha sido? —preguntó Ane confusa.

—Lidia, el médico y un tipo a quién no había visto antes por aquí —dijo Lara—. Quizá tendríamos que irnos, no creo que estemos seguras aquí.

—No, déjame. Estoy muy cansada.

Lara intentó convencerla, en vano. Poco después, se oyeron unos pasos y la chica se metió en su cama y fingió estar durmiendo.

Lidia entró en la habitación con un bocadillo y zumo de naranja.

—Mira, es para ti —susurró Lidia para no despertar a Lara—. Yo ahora me voy a dormir. Vas a estar bien, ¿verdad?

—Sí, gracias.

—¡No te lo comas! —dijo Lara interrumpiendo a Ane cuando los pasos de Lidia se alejaban por el pasillo.

Ane se quedó sorprendida y dejó el bocadillo y el zumo en la mesita de noche.

Al día siguiente, Ane se despertó temprano y un poco mareada, fue al baño para lavarse un poco la cara y, cuando iba a salir para regresar a su habitación, oyó un ruido.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

Ane vio a alguien de reojo y, de repente, la puerta se cerró de golpe. Intentó abrirla, pero no pudo.

Cuando Lara se despertó, se dio cuenta de que Ane no estaba y salió de la habitación para buscarla. En el pasillo se encontró a Marta.

—¿Has visto a Ane? —dijo Lara, nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó Marta todavía medio dormida.

—Ane no está —dijo Lara.

—¿Ahora te preocupas por ella? Estará en el baño o, a saber... Podría estar en el patio, creo que le gusta ver el amanecer —dijo Marta.

Lara se dirigía hacia el baño cuando se encontró a Lidia.

—¿Dónde vas con estas prisas, Lara?

—Estoy buscando a Ane, no la encuentro —dijo la muchacha.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Lidia preocupada.

—No lo sé —respondió Lara, mirando a la profesora con recelo.

—La iré a buscar yo. Tú ve a vestirme y a desayunar, no vayas a llegar tarde a clase —dijo Lidia.

Ane seguía encerrada en el baño.

—¿¡Quién eres!?! —preguntó gritando.

Justo en ese momento, Lidia pasó por delante del baño y oyó los gritos.

—Ane, ¿estás ahí? —preguntó Lidia.

Ane volvió a ver una sombra.

—¿Quién eres? —preguntó furiosa.

—¿Ane? ¡Soy Lidia, abre la puerta! —gritó Lidia asustada.

De repente la «sombra» se dejó ver.

—Vete de aquí, sé quien eres y ya no eres mi amigo —dijo Ane. Él le alargó la mano—. No, no voy a ir contigo.

—Ane, ¿puedes abrir la puerta? —preguntó Lidia, cada vez más preocupada.

—¡Lidia! No puedo salir. Ve a buscar ayuda, por favor —dijo la chica sin apartar la vista de su amigo.

La profesora fue a buscar algo que le sirviera para abrir la puerta; estaba dispuesta a echarla abajo si hacía falta. Regresó unos instantes después con un destornillador para hacer palanca, y justo en ese momento pasó la profesora de Historia.

—¿Se puede saber qué hace usted con ese destornillador? —le preguntó Davis.

—Ane se ha quedado encerrada —contestó Lidia.

—Estas puertas no se cierran solas, se ha tenido que encerrar ella —dijo la mujer.

—Estas puertas tampoco tienen pestillo —contestó Lidia, enfadada—. Por cierto, he visto que Ane tiene una quemadura cuya marca es la misma que la del atizador de la chimenea de la biblioteca... —dijo mirando a Davis inquisitivamente.

La profesora de Historia cogió a Lidia de la mano y se la apretó con fuerza.

—¿Qué insinúa usted? ¿Acaso pretende acusarme de algo? Lidia se liberó de la mano de Davis.

—Así es como arreglas las cosas, ¿eh? Los chicos me han contado lo que ocurre en tus clases y, ahora que tengo pruebas, pienso informar al Consejo Escolar de tu peculiar «metodología». No creo que la apruebe, así que, yo de ti iría buscando otro puesto de trabajo —dijo Lidia antes de apartarse y empezar a hacer palanca con el destornillador.

Cuando consiguió abrir la puerta, vio que el baño estaba vacío.

Casa de Oliver Brown

Brown estaba mirando a través de la ventana, incapaz de apartar la vista de la casa de los Wilson cuando llamaron al timbre.

—Buenos días, ¿señor Brown? —preguntó el cartero.

—Sí, soy yo.

—Entonces esto es para usted.

Brown cogió la carta, cerró la puerta y abrió el sobre. En el interior había una carta y una nota.

Sr. Brown, ya tenemos los resultados de las pruebas de ADN. Se los envió a su casa. He pensado que es lo mejor, después de la incursión y el procedimiento irregular que hemos seguido para obtener la muestra de sangre. Por favor, sea discreto.

De todos modos, le espero en comisaría para poder avanzar en la investigación sobre los Wilson como me prometió.

Brown no pudo evitar sonreír al leer la nota y, algo nervioso, se dispuso a leer el informe de los resultados.

Pruebas ADN.

Resultado: Positivo, coincidencia de ADN.

Paternidad: 99%

Brown acababa de confirmar sus sospechas.

3 de octubre de 1993

Hoy he estado con Oliver, es muy simpático y me gusta mucho, pero ya tengo marido, así que le he dicho que solo podemos ser amigos. Lo que ha ocurrido hoy no puede volver a repetirse.

14 de noviembre de 1993

He dado positivo en el test de embarazo. No puedo evitar tener sentimientos contradictorios.

27 de febrero de 1994

Hoy hemos ido al ecografista. Nos ha desvelado el sexo del bebé: es una niña. De momento tenemos unos nombres pensados: Ane, Mathilde, Olaia y Lisa. Jack está loco de contento. A Jack le gusta mucho Olaia, pero yo prefiero Ane, me encanta este nombre.

8 de junio de 1994

Ayer nació Ane. Sí, Jack al final se decantó también por Ane. Ja, ja, ja...

Brown relejó esas páginas del diario de María y no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

Centro de acogida

Lidia y la profesora Davis entraron en el baño para buscar a Ane, pero no la encontraron por ningún sitio. Era algo muy raro, porque en el baño no había ni una ventana para poder salir de allí.

—No está —dijo Lidia, desconcertada.

—Esta niña es muy rebelde.

—No digas tonterías. Esta niña ha perdido a sus padres y ha vivido sola durante dos años... —respondió Lidia, molesta.

—En cualquier caso, está muy mal educada —replicó la profesora de Historia.

—Déjala en paz, una niña no se educa a sí misma, Davis.

Lara, ya preparada para irse a clase, se acercó al baño para ver si habían encontrado a Ane y no pudo evitar escuchar la discusión entre las dos profesoras.

—¿Dónde está Ane? —les preguntó.

—Vete y déjame hablar con Lara —dijo Lidia dirigiéndose a Davis, y esta se fue enfadada. Después se dirigió a la muchacha, que la miraba expectante—. No sabemos dónde está. Estaba encerrada en el baño y he podido hablar con ella. Pero, al abrir la puerta, había desaparecido. No entiendo nada...

Lara entró en el baño a buscar a Ane, sin creer lo que acababa de oír. En el suelo encontró el colgante de su compañera.

—Mira, Lidia, ¡este colgante es de Ane! —dijo Lara.

Después de lo ocurrido la noche anterior, no confiaba en la profesora de Matemáticas, pero no lo quedaba otro remedio que contar con ella para encontrar a Ane.

—Ahora vengo —dijo Lidia y salió del baño para telefonar a Brown.

—¿Diga? —preguntó Oliver al otro lado de la línea.

—Detective Brown, soy Lidia, del centro de acogida. Ha ocurrido algo... Ane estaba en el baño, se le escuchaba la voz, y cuando hemos abierto... no estaba. Es todo muy raro. En el baño no hay ventanas y lo único que hemos encontrado es su

colgante. He pensado que tenía que saberlo antes que nadie — dijo Lidia nerviosa.

—Sí, muchas gracias por informarme. Voy para allá. — contestó él.

Los alumnos ya estaban en clase cuando la profesora de Inglés entró en el aula y se dio cuenta de que faltaban Lara y Ane.

—¿Dónde están Lara y Ane? —preguntó.

—No lo sé, pero esta mañana Lara no encontraba a Ane. Supongo que la estará buscando todavía —dijo Marta.

—¿Desde cuándo son tan amigas? —preguntó una compañera.

—No lo sé, hace un par de días Lara la criticaba a la menor ocasión y hoy se preocupa por ella —contestó Marta.

La profesora de Inglés se quedó sorprendida y pensó que tenía que ir a avisar a la directora.

—Abrid el libro por la página 45 y haced los ejercicios 3, 4 y 5. Ahora vuelvo.

Justo en ese momento, Brown llegó al centro. Lidia lo recibió y lo acompañó hasta el baño; allí se encontraron con Lara, Julia y la profesora de Inglés, que había ido a avisar de la ausencia de Ane y Lara, aunque a esta última la había encontrado en el despacho de la directora informándola de la desaparición de su compañera.

—¿La habéis encontrado? —preguntó Julia.

—No —dijo Lidia, preocupada.

—Señor Brown, ¿qué hace usted aquí? —le preguntó la directora.

—Lo he llamado yo —dijo Lidia—. Mi tío, el inspector Miller, me comentó que es vecino de los Wilson y que colabora en el caso. He pensado que debía saber que Ane ha desaparecido —añadió ella para justificar su relación directa con Brown.

Oliver no quiso corregirla y entró en el baño para buscar por dónde podría haber salido la chica. Había unas huellas de zapatos encima de la tapa de uno de los retretes. Levantó la vista hacia el techo y vio una rejilla de ventilación de un tamaño considerable.

—Ha escapado por aquí —dijo.

—¿Por la rejilla? —dijo Lara—. Mire, antes he encontrado este collar en el suelo, es de Ane.

Lara le dio el colgante a Oliver y, por un segundo, al detective se le paró la respiración: era el colgante que siempre llevaba su padre y que él mismo había regalado a María años atrás.

Casa de los Wilson

Tras obtener la orden necesaria para registrar la casa de los Wilson, el inspector Miller había enviado a dos agentes a la casa para que pudieran empezar a buscar alguna pista sobre el paradero de María y Jack.

Una vez allí, uno de los policías le dijo al otro.

—Yo sospecho que la chica ha tenido algo que ver con la desaparición de sus padres, ¿no crees? No sé por qué Miller no la ha interrogado todavía...

El otro agente no tuvo tiempo de responder porque, de golpe, la puerta se abrió con fuerza. Los policías se miraron asustados y desenfundaron sus armas. En la puerta estaba Ane; tenía los ojos rojos y luminosos.

Los agentes bajaron las armas y se acercaron a Ane con precaución. Sin embargo, antes de que pudieran reaccionar, esta sacó un cuchillo de su bolsillo y con una fuerza y un movimiento sobrenaturales los mató a los dos.

Después de aquello, los ojos de Ane regresaron a su color verde original y la chica se mostró confundida. No entendía cómo había llegado hasta la casa; era como si acabara de despertar de un sueño o un trance. Lo último que recordaba era haberse quedado encerrada en el baño del centro de acogida.

Entonces vio a los policías muertos en la entrada de su casa, se asustó y subió al piso de arriba. Sintió que la única persona con la que podía contar en ese momento era su vecino, el detective Brown. Oliver le había dicho que podía confiar en él y, de algún modo, sabía que era cierto, así que buscó su número y lo llamó.

Centro de acogida

Brown seguía en el baño cuando recibió una llamada.

—¿Señor Brown? Soy Ane, estoy en mi casa. No sé ni cómo he llegado, pero hay dos policías muertos en la entrada —dijo la chica llorando.

—Ane, tranquilízate. Voy para allá, no te preocupes y no te muevas de ahí —respondió él antes de colgar—. Ane está en su casa. No sé cómo ha ocurrido, pero voy a ver qué ha pasado. Yo mismo llamaré a la policía, no se preocupen —dijo al tiempo que se alejaba por el pasillo para salir del centro de acogida y correr hacia su coche.

Brown conducía a toda velocidad de camino a casa y decidió llamar a Nora para calmarse un poco y contarle lo ocurrido.

—¿iMe estás diciendo que Ane es mi sobrina!? ¿Cómo es posible? ¿Y por qué no me habías dicho nada hasta ahora? —chilló ella al otro lado de la línea.

—María, su madre, y yo tuvimos una aventura. Fue muy breve... ¿Qué querías que te contara, que había tenido un romance con la vecina? Y en cuanto a la niña, no sé... Me parecía una locura. Al ver a Ane por primera vez, algo me dijo que yo era el padre. Sin embargo, me parecía tan descabellado que...

—La verdad es que, ahora que lo dices, se parece un poco a mamá. La primera vez que la vi, su rostro me pareció familiar, aunque no supe ver por qué —admitió Nora.

Al llegar a su calle, Brown se despidió de su hermana, aparcó y vio a Ane en la ventana del segundo piso; estaba llorando y sujetando su colgante. Oliver no daba crédito: puso la mano en el bolsillo de su chaqueta, en el que había guardado ese mismo colgante hacía apenas una hora, y allí no había nada...

¿Qué demonios estaba ocurriendo?

La puerta de la casa estaba abierta, así que Brown entró y vio los cuerpos de los agentes en el suelo de la entrada. En ese mismo momento, Ane bajó por las escaleras y dejó caer el colgante.

—Ven aquí, Ane —dijo Oliver extendiendo los brazos.

—No, soy peligrosa. Creo que he matado a los dos policías. No sé cómo, pero creo que he sido yo —dijo llorando de nuevo, asustada.

—Ane, tú no eres peligrosa. Lo sé.

—Váyase, váyase... ¡No quiero que le pase nada! —gritó Ane mientras subía corriendo las escaleras.

—¡Ane, ven!

De repente, Ane se detuvo y miró fijamente a su izquierda.

—Amigo... —dijo.

La puerta de la entrada se cerró y un abrigo que estaba en el perchero del pasillo del primer piso se descolgó y quedó flotando en el aire.

«Otra vez no, por favor», pensó Oliver mientras seguía a Ane hasta su habitación.

Como en la ocasión anterior, un texto apareció en la pizarra, como si la tiza la moviera una mano invisible: «Soy Thomas, Thomas Brown. Aquí la tienes, hijo. Lo sospechabas y ahora sabes que es cierto. Ella merece saberlo».

—¿Papá? —dijo Oliver—. Esto es una locura. ¡Estás muerto!

—Señor Brown, el que ha escrito esto es mi amigo, Thomas Brown. ¿Él es su padre? —dijo Ane, desconcertada—. ¿Y qué ha querido decir con que merece saberlo? ¿Qué es lo que merezco saber?

—Ane... Tú eres lo que llevo buscando hace tiempo. Más bien la verdad sobre ti. Ane, yo soy...

—Mi verdadero padre. ¡Eres tú! Mi madre se refería a ti en la carta que me dejó...

—Puede que te parezca una locura, pero te quiero, Ane — dijo Oliver emocionado y acercándose a ella para abrazarla. La chica apenas reaccionó—. Voy a sacarte del centro de acogida y nos vamos a ir lejos, donde nadie sepa nada de esto.

De repente, Ane lo soltó y se fue corriendo escaleras abajo. Cuando Brown iba a salir detrás de Ane, se dijo a sí mismo que debía darle un poco de tiempo para asimilarlo todo. Entonces se fue hacia su casa después de cerrar la puerta de los Wilson para que nadie viera los cadáveres de los agentes.

Disponía de cierto margen de acción: los del centro de acogida no llamarían a la policía porque les había dicho que lo haría él; pero el inspector Miller estaba esperando su llamada y no tardaría en echar en falta a sus dos subordinados...

Casa de los Wilson

Ane estaba sentada en las escaleras de su casa intentando encajar todo lo que ahora sabía sobre su verdadero padre cuando, de repente, se empezaron a oír sirenas que se acercaban. Se asomó por la ventana y vio unos coches de policía aparcando frente a la casa y a unos agentes que bajaban rápidamente de ellos y se dirigían hacia la puerta. Subió las escaleras para esconderse.

Los policías entraron empuñando sus armas y, tras descubrir a sus dos compañeros asesinados en la entrada, recorrieron toda la planta baja con cierta inquietud. Al no encontrar a nadie, subieron al piso de arriba y empezaron a recorrer habitación por habitación. Al llegar a la de Ane y abrir la puerta, la encontraron vacía. La niña se había escondido en el armario. Sin embargo, cuando los agentes se disponían a salir de la habitación, a Ane le falló una de sus piernas, por la fatiga de mantenerse en cuclillas, y ese leve movimiento fue suficiente para que uno de los policías notase una ligera abertura de la puerta del armario.

Casa de Oliver Brown

Oliver miraba estupefacto cómo los agentes sacaban a Ane de su casa para meterla en uno de sus coches. ¿Quién los habría avisado? No había tenido tiempo de sacarla de allí, no había podido proteger a su hija...

En ese momento, sonó su teléfono.

—Señor Brown, soy el inspector Miller. La señora Davis, una de las profesoras del centro de acogida, nos ha informado de la huida de Ane Wilson. La mujer sospechaba que usted iba a ocultar la desaparición y, al parecer, estaba en lo cierto. Supongo que entiende que ha traicionado usted mi confianza, señor Brown. La niña va camino de la comisaría ahora mismo. Venga inmediatamente para explicarme lo sucedido o mandaré una patrulla a detenerle.

—Entiendo. Voy para allí ahora mismo —dijo Brown, derrotado.

Cuando Oliver llegó a comisaría, se estaban llevando a Ane para interrogarla. Brown fue hacia ella e intentó abrazarla.

—Señor, apártese. Nos la tenemos que llevar —dijo uno de los policías. El policía tiró a Ane del brazo para que siguiera avanzando. La chica siguió mirando a Brown hasta que entró en la sala de interrogatorios.

Ane estaba en la sala, sentada, cuando el inspector Miller llegó y se sentó en la silla de enfrente.

—Buenos días, Ane.

Ella lo miró y bajó la cabeza.

—Ane, necesitamos que nos expliques qué les pasó a tus padres y quién ha matado a dos de mis agentes en tu casa esta mañana —dijo el policía—. No te voy a mentir: eres la principal sospechosa. En tu casa no hemos encontrado rastros de ningún atacante desconocido y me acaban de confirmar que las únicas huellas recientes son las tuyas y las del detective Brown, a quien interrogaré enseguida. Si sabes algo, debes decírmelo. —Ane lo

miró fijamente, pero no dijo nada—.Vamos a hacer una cosa. No hace falta que me lo cuentes directamente. Voy a dejar papel y un bolígrafo sobre la mesa y saldré de la habitación para que puedas poner por escrito todo lo que ha pasado. ¿De acuerdo? Si aceptas un consejo, te recomiendo que lo hagas.

El inspector Miller salió de la sala de interrogatorios y se dirigió a la sala contigua desde donde podía observar a Ane sin ser visto a través de un ventanal que por el lado opuesto era un espejo.

Allí se encontraba también Brown, que se sentía impotente por no poder ayudar a Ane. ¿Quién iba a escucharle si contaba lo que había visto en casa de los Wilson? ¿Quién iba a creerle si hablaba de esa fuerza maligna que decía ser su padre? No. No podía explicar lo que había visto porque temía que lo tildaran de loco y perjudicar aún más a Ane. Quizá lo único que le quedaba era autoinculparse para salvar a su hija...

Mientras, en la sala de interrogatorios, Ane observaba atenta el papel y el bolígrafo que el inspector le había dejado en la mesa.

De repente, con un gesto enérgico y decidido, se acercó el papel, cogió el bolígrafo y empezó a escribir.

ANE

Recuerdo haberle tenido siempre cerca, de hecho, no recuerdo la primera vez que lo vi, pero siempre he sabido que se llama Thomas, aunque él prefiere que le llame «amigo». Me dijo que nadie más que yo podía verle y que debía mantenerlo en secreto por mi bien.

Cuando era pequeña, mi madre me había «pillado» más de una vez hablando con él y me preguntaba con quién hablaba. Yo le decía: «con mi amigo», y entonces ella sonreía pensando que se trataba de un amigo imaginario. Muchos niños pequeños tienen amigos imaginarios, pero el mío es diferente. Yo lo puedo ver y es real.

Hace dos años, a principios de octubre, bajé con mi madre al sótano a buscar la decoración de Halloween. En mi familia nos ha gustado siempre esa celebración; nos lo pasábamos genial decorando la casa y el jardín, y solíamos empezar a prepararlo todo unas semanas antes.

En el sótano, mi madre empezó a mover cajas buscando las que contenían la decoración cuando vi que de una de ellas se caía un objeto brillante. Al acercarme y cogerlo del suelo, vi que era una piedra en forma de trébol a la que parecía faltarle un trozo. Se la enseñé a mi madre y su reacción al verla me dejó perpleja: cogió la piedra de malas maneras y la tiró al fondo de otra de las cajas. Cuando le pregunté por qué la tiraba, no contestó. Simplemente, me gritó que olvidara que había visto esa piedra vieja y que ya era hora de subir para ayudar a papá con la cena.

—¡Ve a ayudar a papá! —chilló mamá con los ojos rojos.

—Pero...

—Ayuda a tu padre, te he dicho —me interrumpió.

Me sorprendió ese cambio de humor en ella, pero decidí hacerle caso y fui hacia la cocina.

Mi padre, que había oído el tono de voz de mi madre, me preguntó:

—¿Qué ha pasado, Ane?

—No lo sé. Mamá de repente se ha molestado y no sé por qué.

—¿Qué has hecho? Últimamente tu actitud no es la más correcta con ella y a veces la haces enfadar —me soltó mi padre.

Lo miré con rabia.

Mi madre entró en la cocina.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿Por qué habéis discutido? —le preguntó mi padre.

—Nada. Ya sabes. La adolescencia —dijo ella.

La fulminé con la mirada, pero decidí no decir nada más. Ella sabía que yo no había hecho nada para que se pusiera así.

—Pero no habéis subido las cajas de los adornos. Ya bajo yo al sótano. Vosotras vigilad la cena. Está en el horno.

Mi padre salió de la cocina y mi madre y yo nos quedamos calladas.

Al cabo de un rato, mi padre subió con las cajas y las dejó en la mesa de la cocina. Era como un niño pequeño y decidió empezar a sacar la decoración para intentar relajar la tensión entre mi madre y yo.

Hay que decir que lo consiguió, porque se puso a hacer el payaso con las máscaras, esqueletos de broma y demás, y no pudimos evitar reírnos con sus tonterías.

De repente, vi como mi padre sacaba la piedra en forma de trébol del fondo de la caja y justo en ese momento pasó algo muy extraño: mi madre se quedó pálida y empezó a comportarse de una manera muy extraña. Nos miraba como ida con el rostro totalmente cambiado y me pareció incluso ver maldad en su mirada.

Mi padre y yo la observábamos atónitos, nunca la habíamos visto así. Entonces, oímos abrirse la puerta de la entrada y unos pasos que venían hacia nosotros. Y en la cocina apareció mi... ¿¡madre!?! No podía ser. Si mi madre ya estaba con nosotros. Mi madre (la que acababa de entrar) nos miró a los tres sin entender nada. Y en ese preciso momento vimos como mi madre (la que me había reprendido por coger la piedra en forma de trébol) desaparecía en una nube

de humo. Mis padres se quedaron sin poder articular palabra ante lo que acababan de ver. Entonces yo sonreí y les dije:

—Ya sé lo que ha pasado. Esa no era mamá, era mi amigo. Supongo que quería gastarnos una broma.

—¿Tu amigo? —preguntaron los dos a la vez.

—Sí. Lleva en esta casa desde que yo recuerdo. Mamá, ¿sabes que de pequeña te decía que tenía un amigo al que solo podía ver yo? Pues seguro que era él. Esto no os lo tenía que haber contado, porque le prometí no hablar a nadie de su existencia. Pero supongo que no se enfadará...

Los dos se miraron alucinados.

—Vale —dijo mi madre—. No sé exactamente qué es todo esto, pero está claro que lo que acaba de pasar no podemos entenderlo sin la ayuda de algún profesional. Jack, ¿te acuerdas de Antonia?

—¿La presidenta de la asociación de familias de la escuela elemental? —preguntó mi padre sin tener muy claro a dónde quería llegar mamá.

—Exacto. Hace un tiempo que coincidimos en clase de yoga. A veces nos tomamos un café después de clase y nos hemos hecho amigas. Es médium y creo que nos puede ayudar a entender lo que ha pasado.

—¿Una médium? —preguntó mi padre escéptico.

—Jack, ya sé que tú no crees en estas cosas, pero ya has visto lo que acaba de ocurrir y escapa de cualquier lógica.

—Está bien, María. Hagámoslo.

Y así fue como, al cabo de unos días, entraba en la consulta de Antonia acompañada por mis padres.

—Hola, María. ¿Esta es Ane?

—Sí —dijo mi madre.

—Está bien. Ane, no tengas miedo —dijo Antonia cogiéndome la mano para acercarme a un sofá donde pidió que me sentara.

—El contacto con tu mano me dice que eres una persona muy especial —dijo Antonia encendiendo tres velas que había sobre la mesita baja colocada frente al sofá; una morada, una blanca y una amarilla. Una vez encendidas, ella se sentó en otro sofá frente a mí. Mis padres permanecían muy callados, de pie, en un lateral de la habitación.

—Sí. Los profesores siempre me han dicho que tengo un alto coeficiente intelectual y que actúo como si fuera mayor de la edad que tengo, por eso hace un tiempo que estudio desde casa, para poder ir a mi ritmo.

—Eso está muy bien —dijo Antonia—. Pero no me refiero a eso. Eres muy sensible a percibir el mundo del más allá.

—¿El más allá? —pregunté sin entender a qué se refería.

—María, Jack, ¿os importaría acompañarme al vestíbulo?

Mis padres fueron con Antonia al vestíbulo y escuché como les pedía que salieran al jardín y nos dejaran a solas. Ella les dijo que, a veces, si había alguien más presente, la persona no se expresaba con tanta naturalidad ni franqueza.

Mis padres dudaron pero, finalmente, accedieron a esperar fuera.

Antonia regresó a la sala y se volvió a sentar frente a mí.

—Ane, al decirte el mundo del más allá, me refiero al mundo de los muertos —dijo.

Ahí me asusté. ¿El mundo de los muertos? ¿Qué tenía que ver el mundo de los muertos conmigo?

—No entiendo qué quieres decir —protesté.

—A lo que me ha explicado tu madre por teléfono que pasó hace dos días en tu casa, al que tu llamas «amigo».

—Mi amigo no está muerto. Yo puedo verlo. Vale que el resto de las personas no, a no ser que se materialice con la forma de otra persona. Pero... —Callé de golpe al darme cuenta de que le había hablado de mi amigo; algo que le había prometido a él que no haría. Y ahora lo estaba viendo a él detrás de Antonia mirándome fijamente y llevándose el índice de su mano derecha a la boca haciendo el gesto de silencio.

—Cuéntame más cosas de tu amigo —me pidió la médium.

—No hay nada más que explicar —dije mirándolo por encima de Antonia.

—Ane ¿Está él aquí ahora?

Miré a mi amigo y bajé la mirada.

—No —contesté categóricamente—. Y ahora quiero irme de aquí. Voy con mis padres.

—Entiendo. Déjame que hable primero con ellos y luego podréis marcharos.

Antonia salió al jardín. Mi amigo me miró muy serio y desapareció.

Al regresar a casa, después de un trayecto en coche con mis padres en silencio (era como si ninguno de los tres nos atreviésemos a hablar de lo sucedido. Quizá con la intención de fingir que todo iba como siempre), decidí sentarme en el sofá a ver un rato la tele mientras mis padres preparaban la comida. Necesitaba desconectar de todo lo sucedido y hacer algo tan normal y banal como ver algún programa.

—Ane, Ane... —me susurró alguien en el oído.

Me levanté del sofá asustada.

—¿Qué quieres? —pregunté con una voz temblorosa.

Las cortinas se empezaron a mover.

—Te dije que no podías hablar de mí ni decir que puedes verme —respondió mi amigo.

—No le he dicho nada a la médium. Estabas allí y lo has podido comprobar por ti mismo.

—Es cierto, pero sí que has hablado de mí a tus padres.

—Pero te vieron convertido en mi madre. En cierto modo fue culpa tuya.

—No pensaba que tu madre fuera a regresar tan pronto a casa ese día, pero ahora eso ya da igual. Tenemos que poner remedio a lo ocurrido. Nadie puede saber de mi existencia.

—¿Qué quieres decir? —pregunté sin entender a qué se refería.

—Todo a su tiempo —dijo justo antes de desaparecer.

Esa noche casi no pude dormir pensando en las palabras de mi amigo; me había dado miedo el tono con el que se había expresado.

Por desgracia, al cabo de unos días supe a qué se refería.

Aquella noche todo parecía normal en casa. Ya habíamos cenado y papá dijo que le apetecía salir un rato a dar una vuelta por el barrio. A veces lo hacía para desconectar, sobre todo si había tenido un día duro en el trabajo.

Mamá y yo nos quedamos en casa. Ella estaba leyendo en el salón y yo subí a mi habitación a escuchar un poco de música. De repente, noté que alguien me apretaba el brazo y las cortinas de mi habitación se movieron. Sabía quién era. Hacía algunos días que no aparecía.

—Ane, hoy es el día en el que pondremos remedio a la situación que provocaste —dijo mi amigo.

—¿Solución? ¿Qué más da si he hablado de ti? ¿Por qué no quieres que nadie sepa que puedo verte?—Pregunté un tanto asustada.

—Eso no es asunto tuyo. Tengo mis razones. Hoy tus padres deben morir.

—¿Qué? ¡No! No dejaré que les hagas daño —grité asustada.

La puerta de mi habitación se abrió. Era mi madre. Había subido al oír mis gritos.

—¡Mamá, vete de aquí! —le grité yendo hacia ella.

—¿Por qué, Ane? ¿Qué pasa? —dijo mi madre mirándome sin entender nada.

En ese instante, mi amigo me cogió fuerte del brazo y mi mundo se volvió de color negro. No sé qué me pasó ni el tiempo que estuve así. Solo sé que, cuando pude volver a ver, mi madre estaba a mis pies muerta y mi pijama lleno de sangre. Mi amigo estaba delante de mí mirándome, sonriendo. En ese instante, mi padre abrió la puerta de la entrada.

—¡María! ¡Ane! Ya he vuelto —dijo mi padre alegremente mientras dejaba el abrigo en el perchero de la entrada.

—Sube, Jack. Estamos en la habitación de Ane —respondió mi amigo imitando perfectamente la voz de mi madre.

Cuando quise gritar que no subiera, la mano de mi amigo me tapó bruscamente la boca.

Oí a mi padre subir las escaleras y yo no podía hacer nada para evitar lo que sabía que iba a pasar. Al llegar a mi habitación, mi padre miró a mi madre muerta en el suelo y cayó de rodillas a su lado. Entonces me miró horrorizado.

—¿¡Pero qué has hecho, Ane!?

—¡Yo no he sido, papá, te lo prometo! —le dije llorando, incapaz de acercarme a él.

—¿Ha sido tu amigo?

—¡Sí! —grité.

—Vale, Ane. Nos vamos de aquí. ¡Ya!

Mi padre se levantó, me cogió de la mano y, cuando íbamos a salir de la habitación, noté que mi amigo me cogía del brazo de nuevo con mucha fuerza. Todo se volvió negro otra vez.

Al volverme la visión, vi a mi padre y a mi madre en el suelo de la cocina, muertos los dos, y mi pijama todavía más manchado de sangre. Había una pistola tirada en el suelo y mi amigo estaba a mi lado con cara de satisfacción.

Yo rompí a llorar y a gritar como nunca lo había hecho. Miré a mi amigo y le dije que por qué lo había hecho, que no hacía falta; mis padres nunca hubieran dicho nada.

—Te equivocas, Ane. Su error fue hablar con la médium. Por cierto, ella tampoco podrá contarle nada a nadie —dijo mi amigo.

—¿También la has matado? —pregunté horrorizada.

—Sí. A ella sí la he matado yo. A tus padres los has matado tú.

—¡No! Yo no he hecho nada. No recuerdo nada.

—Sí, Ane. Has sido tú. Y estoy orgulloso de ti. ¿Sabes? —continuó diciendo—. Además, ellos ya no te querían. Después de la visita a la médium los oí decir que eras un bicho raro. Les dabas miedo y estaban planeando tu ingreso en un centro de salud mental. Dijeron que la médium era una charlatana y que lo mejor era que te trataran profesionales.

—Mientes.

—No, Ane. ¿Alguna vez te he mentado, en todos estos años? Lo he hecho para protegerte, no podía permitir que te alejaran de mí.

—Mis padres jamás me enviarían a un centro de salud mental.

—¿Seguro? Abre el primer cajón del armario de la despensa —dijo mi amigo.

Lo miré fijamente e hice lo que me indicaba.

Dentro del cajón había un sobre de color marrón tamaño folio.

—Ábrelo —me ordenó.

Lo abrí y encontré unos documentos con el sello de un hospital. Empecé a leer. No me lo podía creer. Era una solicitud de ingreso en un centro de salud mental. En el documento se solicitaba mi ingreso y, en el espacio de los solicitantes, aparecían los nombres y las firmas de mis padres. Dejé caer los papeles al suelo y no pude contener el llanto. Mi amigo no me mentía.

Pero ¿realmente los había matado yo? No recordaba nada de lo que había pasado, ni de cómo los cadáveres habían llegado al suelo de la cocina. Recordaba a mi madre muerta en el suelo de mi habitación y a mi padre entrando en la misma. Y luego la oscuridad. Ni siquiera sabía cómo había llegado yo a la cocina.

—No lo entiendo —dije—. No recuerdo haberlos matado.

—Ane, eso ahora no es lo importante. Lo que importa en este momento es esconder los cuerpos y que nadie sospeche que tus padres han muerto.

Mi amigo me dijo que fuera al cobertizo a buscar la carretilla que mi padre utilizaba para recoger el césped cortado. Yo seguía en shock. Por lo que había hecho y por la traición de mis padres. Quizás mi amigo tenía razón y ya no me querían; quizás solo tenía a mi amigo.

—¡Ane! —gritó mi amigo.

Con ese grito salí de ese estado de estupor en el que me encontraba y entendí que él tenía razón. Nadie podía saber lo que había hecho, así que fui hacia el cobertizo y volví con la carretilla hasta la cocina.

Mi amigo me ayudó a poner el cuerpo de mi madre en la carretilla; nunca habría imaginado que un cadáver podría pesar tanto.

—Ane, esto es lo que vas a hacer: mañana por la mañana vas a llevar el cuerpo de tu madre hasta el foso que hay en el jardín, allí donde iba a ir la piscina. Después volverás aquí y harás lo mismo con el cuerpo de tu padre. Una vez estén los dos cuerpos en el foso, es muy importante que los cubras por completo con la tierra que extrajeron al hacer el agujero. Tiene que quedar una superficie lisa. Y no te preocupes. Yo cuidaré de ti —me dijo.

Yo no entendí por qué teníamos que esperar al día siguiente, pero le hice caso y, por la mañana, enterré los cuerpos en el jardín.

Después de aquello, estuve mucho tiempo sin apenas salir de mi habitación. Echaba mucho de menos a mis padres.

No podía dejar de pensar que, si no hubiese sido por mi amigo, mis padres seguirían vivos.

—Por tu culpa mis padres no están. Los has matado —le dije enfadada y gritando.

—Tú los mataste —repuso él.

No pude evitar tirarle el vaso que llevaba en la mano.

—Vete de aquí. ¡Yo no los maté! —le grité.

Salí de casa, furiosa no sin antes coger el muñeco de trapo que me había hecho mi madre cuando yo era pequeña y que siempre estaba en una repisa de la entrada.

Al cabo de un rato, más calmada, volví dentro.

*Instantes después, llamaron al timbre. Era una mujer. Me dijo que se llamaba Nora y que era mi vecina (más tarde supe que era la hermana del detective Brown). Me traía el muñeco, que me había dejado en el jardín, y también me dio un ejemplar de *El guardián entre el centeno*. Aquello me pareció un poco raro, y me asusté.*

¿Y si mis vecinos habían visto cómo me deshacía de los cuerpos de mis padres? ¿Y si me denunciaban? No le dije nada de mis sospechas a mi amigo, porque no quería que me obligara de nuevo a matar. Además, los Brown parecían buena gente y, si la policía aún no se había presentado en casa, significaba que no habían visto nada o que, por algún extraño motivo, no pensaban denunciarme.

Lo cierto es que mis vecinos consiguieron despertar mi interés hacia ellos, así que empecé a espiarlos y me di cuenta de que ellos también me vigilaban a mí, aunque no parecía que fueran a hacer nada en mi contra.

Una noche vi como el detective salía a toda prisa de su casa, subía a su coche y se iba a toda velocidad.

Al día siguiente me desperté y vi que no había vuelto. Me pareció extraño y mi instinto me dijo que podría haber tenido un accidente. Entonces hice lo que había visto hacer en muchas películas: llamar al hospital. Por su buzón sabía que se llamaba Oliver Brown, así que le dije a la recepcionista que me cogió el teléfono que era un familiar y ella me confirmó que sí que estaba ingresado ya que había sufrido un accidente.

Me presenté en el hospital, fingí ser una sobrina del señor Brown y me dieron el número de habitación sin problema.

Cuando llegué allí, había una doctora mirando el historial de Oliver.

—Señor Brown, creo que tiene visita —dijo antes de levantarse y acercarse a mí—. No podrá distinguir quién eres, porque el traumatismo que ha sufrido le ha afectado a la vista y lo ve todo borroso.

Pero no te preocupes, creemos que es temporal y en unos días recuperará la vista.

Cuando entré en la habitación, Brown estaba estirado, con un brazo en cabestrillo y la cara llena de cortes.

Me acerqué a él y me empezó a preguntar quién era. Yo no dije nada, solo lo observé y me fui al cabo de un rato.

Un par de semanas más tarde me encontré a Coco en el bosque. Era un cachorro de husky precioso y me enfadé muchísimo al pensar cómo alguien podía abandonar a un perro en el bosque, así que decidí llevármelo a casa.

A mi amigo no le gustó, porque una tarde me dijo que cogiera una cuerda y lo esperara en nuestro árbol, uno que tiene una T marcada, en el bosque que hay cerca de casa. Extrañada, le hice caso y, cuando llegó, me dijo que le diera la cuerda y, antes de que yo pudiera reaccionar, me la ató al cuello y me colgó de una de las ramas. Noté como mi cuerpo se quedaba sin aire y, cuando estaba a punto de desmayarme, él aflojó la cuerda y me bajó de la rama. Yo lo miré atónita y asustada.

—¿Por qué has hecho esto? —le dije

—Para que te des cuenta de que estás en mis manos y que, si no haces lo que yo digo, tú también morirás.

En cualquier caso, dejó que me quedara con Coco.

Al día siguiente, por la mañana, salí al jardín con Coco y me senté cerca de las tumbas de mis padres. Necesitaba estar cerca de ellos y ver las nubes del cielo junto a ellos como hacíamos cuando era pequeña.

Mi amigo salió de la casa y se acercó a mí.

—Vete —le dije enfadada, aunque realmente le tenía mucho miedo después de lo que me había hecho en el bosque.

Mi amigo señaló la casa de los Brown.

—Tengo que hablar con él —me dijo.

—Ese es tu problema y no el mío. Déjame —le dije furiosa—. Además, ¿cómo vas a hablar con él? Dices que nadie debe saber que

existes. ¿Piensas matarlo también después de hablar con él? ¿Y a su hermana? Mira, de verdad, todo eso no es asunto mío.

Una noche, Oliver y Nora se colaron en mi casa, y mi amigo me pidió que los encerrara. Los pobres se llevaron un buen susto y me supo mal, pero lo hice para evitar que mi amigo acabara con ellos si descubrían su existencia. No solo quería evitar más muertes, también había algo en los Brown que me gustaba y no quería que les pasara nada.

Mientras Nora y Oliver estaban encerrados en mi casa, aproveché para colarme en la suya y ver qué podía haber allí que fuera del interés de mi amigo. Entonces descubrí que Brown tenía unos expedientes con el nombre de mis padres en ellos y, aunque todas las páginas estaban en blanco, los cogí para llevárselos a mi amigo. ¿Era aquello lo que le interesaba?

Cuando cada uno de nosotros se encontraba ya en su casa, lo llamé.

—Estas carpetas estaban en casa del vecino —le dije—. ¿Es por esto por lo que querías hablar con él?

Mi amigo cogió los expedientes con un brillo intenso en los ojos, así que deduje que había dado en el clavo. Si los Brown me estaban vigilando, era normal que mi amigo quisiera saber si sabían de su existencia.

Mi amigo abrió los expedientes y los tiró al suelo con rabia.

—¡Están en blanco! —dijo. Y desapareció entre una nube de humo.

Recogí las carpetas del suelo y subí a mi habitación. Las revisé para confirmar que estaban en blanco y me encontré con que, en una de las páginas del expediente de mi padre, había una foto de un hombre que se parecía a mi amigo, aunque mucho más joven.

En el expediente de mi madre también encontré una foto de una mujer que no era ella. Por último, abrí mi expediente. Estaba en blanco, pero en la primera página había otra foto. En ella aparecía un niño pequeño con alguien, aunque ese alguien no se veía, ya que la foto estaba rota. En otra de las páginas en blanco, había el trozo de la foto que faltaba: era una niña algo mayor que el niño. No en-

tendía nada, pero estaba segura de que el único que me podía sacar de dudas era mi amigo.

—Amigo, amigo, amigo, ¿dónde estás? —Lo llamé hasta que apareció a mi lado—. Mira lo que he encontrado, parecen las fotos de una familia —le dije enseñándole las fotos.

—Familia —repitió—. ¡Mi familia! Mi Oliver...

—Oliver... ¿El niño se llama Oliver? —le pregunté.

—Es mi hijo —dijo sonriendo y mirando hacia la casa de Brown.

Me quedé de piedra. ¿Mi vecino era el hijo de mi amigo? ¿Y Nora? ¿Por qué solo yo podía ver a mi amigo? ¿Era mi amigo un fantasma? Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Volví a mirar las fotos.

Al fijarme en la imagen de los niños, vi que el pequeño Oliver llevaba algo en la mano, una especie de mineral. Y, ahora que lo pienso, creo que ese mineral era el mismo que tenía mi madre en su colgante favorito... O quizá era la piedra en forma de trébol que apareció la noche de la muerte de mis padres, pero no se veía muy bien, no puedo asegurarlo... Todo aquello se escapaba a mi entendimiento.

—Amigo, no comprendo nada. ¿Qué está pasando? ¿Quién eres tú en realidad? —le dije casi en un ruego.

Mi amigo se acercó a mí y me dijo:

—Un día tendrás derecho a saber toda la historia. Mi historia.

Hace apenas unas horas he descubierto quién es en realidad mi amigo: el fantasma de mi abuelo paterno. Hoy he descubierto que Oliver Brown es mi verdadero padre y mi amigo (no consigo pensar en él como mi abuelo) me ha contado por qué tuve que matar a mis padres, Jack y María:

«No solo te obligué a matarlos porque no debían saber de mi existencia, lo hice porque tu madre rechazó a mi hijo cuando se quedó embarazada de ti. En vez de hablar con tu verdadero padre, lo engañó y no le dio ningún derecho a estar cerca de ti ni a saber la verdad. Oliver se tuvo que conformar con verte crecer desde su ventana y tenía que vengar su honor. Por eso tu madre tenía que morir. Y si hubieras dejado a tu padre con vida, ¿crees que no te habría denunciado? Sabes tan bien como yo que habrías acabado en la cárcel. Y la cárcel es un sitio horrible, ¿no crees?».

Me quedé estupefacta. He pasado los dos últimos años de mi vida con la única compañía de mi amigo, siguiendo todos sus consejos y haciendo creer a todo el mundo que mis padres estaban vivos, pero que, por su trabajo, estaban muy poco en casa. He falsificado sus firmas cuando ha sido necesario y no me he relacionado con nadie para no levantar sospechas (lo que no ha sido muy difícil porque estudio desde casa). Por suerte, mis padres habían ahorrado el dinero suficiente como para permitirme vivir y pagar los gastos durante este tiempo.

Han sido dos años callándome y llevando el peso de la culpa encima, pero ya no puedo más. Estoy cansada.

Además, hoy he descubierto la verdad y me da miedo que Oliver haga alguna tontería para protegerme. No se lo merece. No me lo merezco.

Así que ahora ya lo sabéis: yo maté a mis padres.

Ane Wilson

PUÑALADAS DE DOLOR

Después de leer la declaración de Ane, el inspector Miller entró en la sala donde esperaba Oliver Brown, que había intentado autoinculparse de todos los asesinatos mientras la muchacha escribía la carta.

—Señor Brown, Ane acaba de declararse culpable del homicidio de sus padres, así que creo que va siendo hora de que me cuente usted toda la verdad...

Sin ya nada que perder, Brown le contó todo lo que sabía al inspector.

—Le comunico que queda detenido por encubrimiento al no denunciar el asesinato de María y Jack Wilson.

—¿Y qué va a pasar con Ane? —preguntó Oliver.

—Al ser menor de edad, y a la vista de lo que cuenta en su declaración, será recluida en un centro psiquiátrico a la espera de la celebración del juicio.

Un policía entró en la sala y se llevó a Brown esposado. Al día siguiente, Ane fue llevada a un psiquiátrico y, al cabo de unos meses, tras la celebración del juicio, el juez la consideró culpable y la mandó a un centro de menores hasta la mayoría de edad. Al cumplir los dieciocho años, sería trasladada a la prisión del condado hasta la finalización de su condena.

Ane fue conducida al centro de menores estatal. Al llegar al centro de menores, fue recibida por la directora, Emma.

—Hola, Ane. Ven, te acompañaré a tu cuarto —dijo la mujer con amabilidad.

Emma y Ane entraron en la habitación y se encontraron a Brithany, la que sería la compañera de Ane.

—Toma, ponte el vestuario reglamentario —dijo Emma alargándole un paquete—. Ya sé que no es muy bonito, pero la normativa exige que todas vayáis vestidas igual.

Emma se fue y Brithany se acercó a Ane.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Ane.

—¿Y por qué estás aquí? Yo estoy aquí porque mis padres me trataban mal, estaban todo el día bebiendo y siguen así. Un día me harté de que me gritaran y de las palizas cada vez que estaban colocados y golpeé a mi padre con un bate de béisbol. Casi lo mato, pero el muy malnacido sigue con vida.

—Yo maté a mis padres, pero prefiero no hablar de ello —dijo Ane.

—¡Bien por ti! —dijo Brithany guiñándole un ojo—. Me caes bien, nueva. Ya verás que la vida aquí no es tan dura como parece. Nos asignan diferentes tareas en el centro y también tenemos nuestros ratos libres en los que podemos disfrutar de la luz del sol en el patio. Eso sí, no nos libramos de las clases; vienen unos profesores externos que son unos pringados.

Al día siguiente, en la hora de descanso, Ane se sentó en un banco del patio a mirar una foto que tenía de sus padres. Era el único objeto personal que había pedido conservar después del juicio.

Un par de chavales se le acercaron sin que ella se diera cuenta.

—¿Qué es eso? —preguntó uno de ellos.

—Es una foto de mis padres —contestó Ane sonriendo.

El otro se la cogió.

—¡Eh, Robert! Mira qué tiene la nueva. ¿Y si nos la quedamos? —preguntó retóricamente a su compañero.

Ane se levantó furiosa.

—¡Devolvedme la foto ahora mismo! —gritó mientras intentaba recuperarla.

El que la tenía en su poder salió corriendo, Ane cogió de la camiseta al otro y le susurró en la oreja:

—Esa foto es de mis padres y ellos están muertos, pero sus almas siguen rondando por aquí. Dádmelo o lo pasaréis muy, pero que muy mal...

—¡Tíos, la nueva está loca! El niño se giró—Eh, Connie. ¡Esta es la loca! ¡A por ella! —gritó el niño.

Muchos de los niños y adolescentes que estaban en el patio empezaron a correr detrás de Ane.

—¡Loca!

—¡Asesina!

Ane corrió hasta el despacho de Emma.

—Ane, ¿todo bien? —preguntó la directora.

—Mi información era confidencial, ¿verdad? —La mujer asintió—. ¿Entonces por qué todos los niños me llaman asesina? ¿Por qué les habéis hablado de mi caso?

—Nosotros no hemos hablado de tu caso con ninguno de los internos, Ane. No podemos dar esta información a nadie...

De repente, Ane lo entendió todo, salió enfadada del despacho de Emma.

—¡Brithany! —gritó furiosa entrando por la puerta de su habitación.

—¿Qué quieres? —preguntó su compañera, sobresaltada.

—¿Les has contado a todos que maté a mis padres?

—Ane, yo... Lo he hecho para fardar de compañera nueva. Tú lograste lo que yo hubiese querido y... No pensé que podía traerte problemas. Lo siento, ¿vale? Todos los que estamos aquí hemos hecho algo malo. No te encierran en este sitio por robar golosinas. Por cierto, he recuperado esto —dijo Brithany dándole la foto a Ane.

—Gracias, pero sigo cabreada contigo. Por tu culpa todos me tratan de asesina —dijo Ane, guardándose la foto en el bolsillo.

Justo en ese momento, Emma asomó la cabeza por el vano de la puerta:

—Siento interrumpir, pero tienes que venir conmigo, Ane. Tengo que presentarte a alguien.

Ane se fue con Emma. Brithany se quedó sola en la habitación, se tumbó en la cama y se puso a leer un libro.

—Brithany, Brithany...

—¿Hola? —dijo la chica, asustada, mirando alrededor. No había nadie en la habitación—. ¿Quién eres?

—Brithany, ¿no te gustaría deshacerte de Ane y volver a quedarte sola en la habitación?

La chica se tapó los oídos y cerró los ojos con fuerza.

Mientras, Ane y Emma entraron en el despacho de la directora y esta empezó a explicarle a la muchacha el funcionamiento del centro.

—Ane, aquí tienes los horarios generales: hora de desayunar, de comer, de ir al patio... Y luego los tuyos, lo que harás en cada hora. Seguirás bajo tratamiento psiquiátrico, como en tu anterior centro —informó Emma.

—¡No! ¡No estoy loca! Dejad de tratarme como si lo estuviera —contestó Ane con los ojos llenos de lágrimas.

En ese momento, una mujer entró por la puerta.

—Hola, ¿ella es Ane? —preguntó.

—Sí —contestó Emma—. Ane, ella es Agatha, la psiquiatra del centro. Como te comentaba, va a ayudarte psicológicamente con todo lo que pasó.

—No estoy loca, ya os lo he dicho. ¡Dejadme en paz! —gritó enfadada mientras se levantaba de la silla, antes de salir corriendo hacia su habitación.

Cuando llegó, estaba hecha una furia.

—¿Qué ha pasado, Ane? —preguntó Brithany.

—Déjame —contestó ella.

—Ane, deja de estar enfadada conmigo, por favor. Ya te he

dicho que lo sentía mucho. Mira, te tengo que contar algo, pero no se lo puedes decir a nadie... —dijo Brithany preocupada.

—¿Cómo?! No voy a guardar ningún secreto tuyo. Tú no lo sabes hacer, pues yo tampoco.

—Bueno, me arriesgaré. Y si crees que debes contarlo, me lo tendré merecido, pero creo que tienes que saberlo: he escuchado una voz que me preguntaba si me quería deshacer de ti. Ha sido horrible —dijo Brithany.

Ane se quedó sin habla. «Thomas está aquí y quiere acabar conmigo por haber hablado de su existencia. Ya me lo dejó claro en el bosque», pensó.

—Sí. Es mi «amigo»; se quiere deshacer de mí. Creo que es por confesar en el interrogatorio —dijo Ane, preocupada.

—¿Qué amigo? —pregunto Brithany.

—Déjalo. No lo entenderías.

Ane pasó algo más de dos años en el centro con tratamiento psicológico y, al cumplir los dieciocho, la trasladaron a una prisión. Thomas no volvió a manifestarse ante ella el tiempo que estuvo en el centro ni el que estuvo en prisión y Ane se convenció de que, por alguna razón, había desaparecido y que por fin la dejaba en paz. Al fin y al cabo ya había conseguido lo que quería de ella: que matara a su madre por la traición a Oliver, ¿no?

Diez años después, Ane tenía ya veintiocho años y se encontraba en el patio de la prisión.

—Ane Wilson, a su celda, por favor —dijo una voz por megafonía.

—Ahora vengo —les dijo a sus compañeras.

Se levantó de las escaleras y fue a su celda. Allí se encontró al inspector Miller.

—Ane, ¿te acuerdas de mí? —preguntó él.

—Inspector Miller, ¿cómo olvidarlo? ¡Usted fue quien me hizo confesar! ¿Y sabe una cosa? Creo que en el fondo me hizo

bien. No es que estar en un centro de menores o en la cárcel sea como estar en el paraíso, ni lo que sueña una cuando piensa en qué quiere ser de mayor, pero siento que me ha hecho hacer las paces conmigo misma por lo que hice —dijo Ane sentándose a su lado.

—Me alegra oír eso y saber que no me guardas rencor —dijo él con una sonrisa—. Y más teniendo en cuenta que vengo a darte una muy buena noticia de parte de la autoridad judicial. Ane, gracias a tu buena conducta, podrás salir de aquí en cuatro días.

—¿Y dónde voy a ir? ¿Cómo voy a vivir? —dijo ella.

—No te preocupes por eso. Verás, el señor Brown, salió de prisión hace siete años y dice que estará encantado de que vayas a vivir con él si quieres —dijo Miller sonriendo.

Ane se despidió del inspector y salió al patio.

—¡Anee! —gritó Isabella, una de las pocas amigas que había hecho en prisión—¿Qué te han dicho?

—En cuatro días salgo —contestó ella.

—Pero eso es una muy buena noticia, ¿no? ¿Por qué pones esa cara? Venga que hay que estar alegre. ¡La vida son dos días! —dijo Isabella.

Ane sonrió y su amiga la abrazó.

—Escuchad todas. ¡Ane está a punto de salir de aquí! ¡Un aplauso! —gritó Isabella.

Todas gritaron y se pusieron contentas por Ane.

Después de comer, Isabella subió a su celda a toda prisa, tapándose los oídos con las manos.

—Isabella, Isabella... —gritó Ane al verla correr y con esa actitud tan extraña—. Isabella, ¿estás bien?

—Sí, tengo prisa —dijo su amiga sin parar de correr.

La mujer llegó a su celda y se puso dos tapones en los oídos.

—No vas a volver a hacer que haga nada. Maté a una compañera y casi mato a Ane por tu culpa. Suerte que ella no se dio

cuenta y lo atribuyó a un accidente en la lavandería. No voy a escucharte más... —dijo Isabella en su celda vacía.

Cuatro días después, Ane se encontraba en su habitación recogiendo sus cosas.

—Ane, ven. Te han venido a buscar —dijo Isabella.

Ane lo cogió todo y siguió a Isabella. Al salir de su cuarto, se encontró con la sorpresa de que todas sus compañeras le habían preparado un pasillo de despedida.

—Ane, venga pasa. Que te piras —dijo una presa.

Ane pasó por el pasillo sin parar de sonreír. Las iba a echar de menos.

El inspector Miller y un agente llevaron en coche a Ane hasta su calle. Al llegar, la puerta de su casa, la de los Wilson, se abrió y un *husky* anciano se dirigió corriendo hacia ella, todo lo que le permitía su avanzada edad.

—¿¡Coco!?! —gritó Ane—. Pero... ¿Cómo? ¡Eres tú! —Ane se agachó para acariciarlo y Coco le respondió con un lametón en la cara.

Ella levantó la vista y vio en el umbral de la puerta a Brown.

—¡Oliver! —gritó Ane.

El detective fue hacia ella con una gran sonrisa.

—Ane... Por fin estás en casa.

—¿De verdad es Coco? —dijo ella mirando al viejo husky.

—Sí, es Coco. Cuando nos detuvieron, lo llevaron a un refugio y le pedí a Nora que lo adoptara. Cuando salí de la cárcel, lo primero que hice fue ir a buscarlo y lo he estado cuidando todos estos años, esperando tu regreso. Por cierto, tu tía te manda recuerdos, no ha podido estar hoy aquí.

Ane sonrió.

—¿Y la casa? Está igual.

—Tus padres tenían un seguro de vida con el que quedaba pagada la hipoteca y tú eres su única heredera. Cuando salí de la cárcel tenía algunos desperfectos. Hice que los arreglaran y la he estado manteniendo para que cuando volvieras tuvieras tu hogar. ¿Quieres que entremos?

—¡Claro! No sé cómo voy a poder agradecerte todo esto, Oli... Papá.

—Lo acabas de hacer —dijo Brown, emocionado.

—Espera un momento. —Ane se dirigió hacia el coche desde donde el agente y el inspector Miller observaban la escena en silencio.

—Inspector, gracias por traerme.

—De nada, Ane. Por cierto, la carta que escribiste, la de tu confesión, ya no existe.

—¿Cómo? —preguntó Ane, sorprendida.

—Verás, poco después de tu ingreso en el centro de menores, hubo un incendio en la sala donde estaba custodiada tu declaración. Es curioso, fue un pequeño incendio que causó daños leves y lo único que se destruyó por completo fue tu carta. Los de la científica y los bomberos jamás habían visto algo así y no supieron dar con la manera en que ocurrió. Pero eso ahora ya no importa. Buena suerte, Ane.

El inspector arrancó el coche y Ane vio cómo se alejaba calle abajo.

Cuando lo perdió de vista, corrió hacia donde se encontraban Brown y Coco esperándola. Entraron en la casa y desde la entrada vio el buen trabajo que había hecho Brown con la reforma.

—Gracias. Está preciosa.

—Ven aquí, Ane, estaba deseando darte un abrazo.

Brown y Ane se abrazaron. Entonces, él sacó un puñal del bolsillo de sus pantalones y empezó a apuñalar la espalda de la joven hasta dejarla sin vida.

Oliver la dejó caer al suelo y levantó la cabeza; el color de sus ojos era de un rojo intenso.

—Muy bien hecho, hijo. Siempre le advertí que no le hablara a nadie de mi existencia. Y ella me traicionó.

FIN

El extraño comportamiento de Ane Wilson llevará al detective Oliver Brown a realizar la investigación más arriesgada, peligrosa y comprometida de toda su carrera. ¿Qué misterios y secretos esconden los Wilson?

Atrévete a descubrir el final de este inquietante relato.



Jana Mas Ramírez (Barcelona, 2007)
Estudiante de bachillerato y amante del género de terror. Expediente Wilson es su primera novela.



9 788409 568840